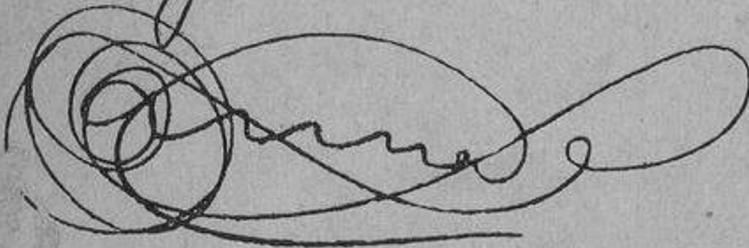




LAS HUELGAS

Miguel Sastre



SUS CAUSAS
SUS EFECTOS
SUS REMEDIOS

Conferencias en la Semana Social de Valencia

(12 y 13 Diciembre 1907)

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

- EDICION COSTEADA -
+ POR UN GRUPO DE +
OBREROS VALENCIANOS

VALENCIA · 1908
Imp. y Lit. J. Ortega
Ruzafa, 47



CV

1651

LAS HUELGAS

Biblioteca  Valenciana

Las huelgas : sus causas.



31000000866494

CV/1651

LAS HUELGAS

SUS CAUSAS, SUS EFECTOS Y SUS REMEDIOS

CONFERENCIAS

DE

D. Miguel Sastre Sanna

EN LA

Semana Social de Valencia

(12 y 13 Diciembre 1907)

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

- EDICIÓN COSTEADA -

* POR UN GRUPO DE *

OBREROS VALENCIANOS

VALENCIA · 1908

Imp. y Lit. J. Ortega

Ruzafa, 47

Con las licencias necesarias

A D. Miguel Sastre Sanna

Profesor de la SEMANA SOCIAL en Valencia, maestro en la observación, hijo de padres humildes, sangre generosa del pueblo, á quien la suerte llevó á defender nuestras perdidas Colonias, expresan su admiración y su cariño, editando estas Conferencias, los obreros valencianos que suscriben:

ABANIQUEROS

Vicente Calafí.
José García Bueno.
José Cebriá.
Antonio Soriano.
Ramón Soriano.
José Soriano.
José Albiñana.
Vicente Albiñana.
Vicente Ballester.
José Mateo.
Francisco Vivó.
Francisco Cano.

ALBAÑILES

Francisco Soriano.
Angel Martínez.
Sebastián García.

Juan Bautista Soriano.
Manuel Lapiedra.
Clemente Navarro.
José Andrés Vento.
Vicente Ferrando.
José Guillot.
Enrique Guillot.
Juan Soriano.
Rafael Pi.
Francisco Gimeno.
Pascual Noguera.
Miguel Faust.
Juan Bautista Vixquet.
Ramón Más.
Alberto Llop Camps.
Bautista Noguera.

ALPARGATEROS

Florencio Batalla.

APERADORES

Manuel Dosdad.

ARMEROS

Toribio Armunia.

ARTE DE LA SEDA

Pascual Lierns.

José Alcañiz.

Vicente González.

ASERRADORES

Isidro Máñez.

Vicente Llopis.

BARNIZADORES

Miguel Ripoll.

BRONCISTAS

Agustín Debesa.

José Batalla.

Vicente Serer.

Pascual Llopis.

Antonio Viguer.

Bautista Armengot.

Valero Pastor.

José González.

CAJEROS

José Lázaro.

CALCINEROS

Vicente Alós.

CALDEREROS

Miguel Nácher.

CANTEROS

José Pardo.

Gregorio Granele Sancho.

CARPINTEROS

José Lluch.

José Fortuño

José Bonifacio.

Basilio Peris.

Francisco Planells.

Gregorio Domenech.

Juan Valibria.

Blas Luna.

Pascual Camps.

Custodio Palomero.

José Bordes.

Antonio Andreu.

Bautista Font.

José Barea.

Rafael Cases.

Ricardo Masiá.

Salvador Antequera.

Alfredo Peydro.

Cristóbal Lahoz Tamarit.

CARRETEROS

Bautista Llamosí Roca.

CARTEROS

Manuel Debesa.

CERRAJEROS

Manuel Andrés.

COCHEROS

Tomás Penalba.

Francisco Micó.

Antonio Pérez.

COLCHONEROS

Antonio García.

Vicente Blanquer.

CONSTRUCTORES DE CARRUAJES

Vicente Jaime.

CURTIDORES

José Puig.

José M.^a Salcedo Alcañiz.

Vicente Tamarit.

Vicente Sanz.

Joaquín Cloquell.

Bernardo Cortés.

Cayetano Calvo.

Peregrín Pascual.

CHOCOLATEROS

Angel Bello.

DEPENDIENTES DE COMERCIO

Manuel Ramírez.
Miguel Fuster Izquierdo.
José Sala Vañuz.
Eduardo Ibáñez Rubio.
Miguel Fuster Valero.
Santiago Vicente García.
Joaquín Perales Villarroya.
Juan Palomo Soler.
Antonio García Valverde.
Antonio Peris Gimeno.
Isidro Martí Izquierdo.
Emilio Peris Gimeno.
Juan Palomero Palomero.
Vicente María García.
Juan Esteve.
Alfredo Fuertes.
José María Esteve.
Miguel Veses.
Lisardo Moreno.
José Gavilá.
Miguel Bonet.
José María Corbín.
Vicente Soler Monfort.
Luis Gavilá.
Joaquín Peris Canet.
Gaspar Martínez Gil.
José María Conesa Ferrandis
Senén Noguera
Rafael Sanz Mollá.

DORADORES

Salvador Lluch.
Adolfo Gil.
Carmelo Pastor.
Salvador Gil.

EBANISTAS

Francisco Martínez.
Ramón Genís.
Luis Miró.
Bernardo España.
José Sánchez.

Vicente Font.
José Llavata.
Luis Signes.
Miguel Soler.
Vicente Ruiz Ramos.
Vicente Montalt.
Rafael Latorre.
José Arce.

ELECTRICISTAS

Daniel Miquel.

EMPLEADOS

Eduardo Adsuara.
Ricardo Sanchis.
Nicolás Calvo.
Juan Tomás.
Silvestre Villar.
Francisco Lucia.
Rafael Lucia.
José María March.
Alejo Pérez.
José López.
Vicente de P. Hernández.
José Carbonell.
Fernando Soler.
Narciso Guillot.
Francisco Cortés.
Bernardo Cortés.
Miguel Tarín.
Mariano Gimeno.
Mariano Dasí.
Vicente Sanchis.
Luis Catalá.
Vicente Carrasco.
Ricardo Daríes.
José Torres Berniols.
Tomás Lafont García.
Silvestre García.

ENCUADERNADORES

Manuel Guinart.
Juan Antonio Ballester.

ESQUILADORES

Jesús Huelas.
Antonio García.

FUNDIDORES

Francisco Marco.
José Navarro Santaolaria.

GUARNICIONEROS

Manuel Vicente.

HERRADORES

Antonio Tomás.
Nicasio Moreno.

HERREROS

Luis Colomina.

HOJALATEROS

Salvador Lloret.
Roberto Torres.
Santiago Boígues.
Víctor Gallur.

HORNEROS

Enrique Vallés.
Pascual Paez.
Antonio Ferrer.
Miguel García.
José Martínez.
Vicente Antonino.
Santiago Carbonell.
Juan Villagrassa.
Mauricio Botet.

JARDINEROS

Ignacio Dorda.

JORNALEROS

Daniel Belda.
Miguel Santana.
Calixto García.
Ricardo Cháfer.
Manuel Peiro.
Julio Castillo.
Benjamín Escolano
Vicente Escolano.
Alonso Sanchis.
Ginés Sanchis.
Antonio Torres.

José Sellés.
Pedro Marín.
Pascual Sirera.
Francisco Planelles.
José Guillem.
Ramón Paredes.
José García.
Antonio Baeza.
Juan Ungo.
Francisco Rubio.
Santiago Balaguer.
Salvador Guzmán.
José Roig.
Juan Bautista Vivó.
Juan Giménez.
Bartolomé Grau.
Emilio Manzano.
Pascual Fligete.
Asencio Ortiz.
Francisco Casa.
Gabriel Moreno Dasí.
Manuel José Torón.
Fernando Guillem del Toro.
Manuel Albert Sanchis.
Vicente Catalá Sanchis.
Casimiro Gómez.
Francisco Real Ortí.

LAMPISTEROS

Sebastián Gómez.
Silvestre García López.

LITÓGRAFOS

Francisco Castro.
José Catalá.
Rafael Silla.

MARMOLISTAS

Vicente Berenguer.

MECÁNICOS

Manuel Ramírez
Juan Verdú.
Antonio Lázaro.
José Torres.
Antonio Nogueroles.
Francisco Martí.

José Pau.
Honorato Mellado.
Miguel Miralles.
Fernando Leonart.
José Senent.
Vicente Desantes.
José Peydro.
José María Calvo.

PARAGÜEROS

Esteban Gisbert.

PASTELEROS

Amado Caballer.
Vicente Castelló.

PEINEROS

Adolfo Bonete.
Joaquín Blasco.

PINCELEROS

Isidoro Vallcanera.

PINTORES DE ABANICOS

Miguel Salcedo.
Alfredo Sabater.
Vicente Gay.
José Lliso.

PINTORES DE COCHES

Salvador Jaime.

PINTORES MURALES

Ramón Torres.
Salvador Torres.
Rafael Castillo.
Manuel Giménez.
Enrique Perpiñá.
Manuel Igual.
Miguel Campos.
José Marín Pérez.

PLATEROS

Vicente Estruch.
Aurelio Palanques.

RELOJEROS

Luis Cuitavi.

SASTRES

Baldomero Martín.
Jesús Vivó.
Genaro Sainz.

TALLISTAS

Vicente Estellés.
Vicente Chambó.
Francisco Vidal.
Salvador Oliver.
Rafael Ripoll.
Emilio García.
José Ortiz.

TIPÓGRAFOS

Jesús García Bueno.
José Cases.
Diego Villegas.
Jesús Mallol.
Julio Ratia.
José Fenollós Ruiz.
Francisco Flors.
Juan Soler.
Ramón Gimeno.
Rafael Marín.
Francisco Damiá.
Gonzalo Peydro.
Francisco Boronat.
Cristóbal Lahoz.
Francisco Calatayud.
Ramón Vila.
José Vendrell.

TAPICEROS

Ramón Aliaga.

TORNEROS EN HIERRO

José Villar.
Vicente Canet.
José Serer.

TORNEROS EN MADERA

José Bargues.
Vicente Sanz.
Francisco Sacio.
Pascual Sirera.

TRAJINEROS

José Ramón.

ZAPATEROS

José Sendra.

Manuel Mata.
Vicente Ballester.
Matías Ortiz.
Francisco Ramis.
Vicente Rodilla.
Juan Bautista Ramos.
Manuel Rodríguez.
Juan Gamis.
Roque Marín.
Juan José Bonet.
Emeterio Payá.

PRIMERA CONFERENCIA

Las huelgas.—Sus causas

EXCMO. É ILLMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Voy á hablaros de las huelgas, de esos conflictos que á diario se suscitan entre el capital y el trabajo, entre el patrono y el obrero. Vengo á hablaros de esa lucha sangrienta, de esa guerra implacable que há tiempo se inició entre los elementos que integran la producción y cuyo fin, por desgracia, no se vislumbra.

El asunto es de suyo delicado. Desde hace algunos años vengo estudiando esa no interrumpida serie de batallas y he publicado en sucesivas estadísticas anuales las causas inmediatas que las han provocado y los resultados que con aquellas se consiguieron. Y cada vez y á medida que he ido penetrando en estos estudios y he sondeado estas cuestiones, cada vez que he visto descubierta la llaga, me he convencido de la imperiosa necesidad de poner remedio á tanto mal.

Tiempo hacía que deseaba exponer las causas reales y verdaderas de la enfermedad que

aqueja á las clases productoras; pero fueron pasando las semanas, los meses y aun los años sin encontrar ocasión propicia para satisfacer mis deseos, hasta que un día recibí una carta tentadora en la que se me invitaba á dar estas conferencias y, no pude resistir la tentación, caí en ella y acepté.

Aquí me tenéis, pues, señores, dispuesto á contribuir, en la medida de mis escasas fuerzas y exiguas dotes personales, al mejor resultado práctico posible de esta Semana Social. No esperéis de mí elocuencia de palabra ni seductoras galas; no tengo más galas que las de mi recta intención, ni más elocuencia que la de mi sinceridad. Ni esperéis de mí que os disfrace la verdad, ni que la atenúe para que os agrade más y os entretenga mejor. No es de flores de lo que vengo á hablaros, es de espinas; venimos á estudiar esa llaga tremenda de que antes os hice mención que corroe el cuerpo social y cuyo remedio se impone; venimos á estudiar las causas que la producen, los estragos que ocasiona y la forma de aplicar el remedio. De aplicar el remedio, he dicho, señores, atended bien, de aplicar el remedio, no de buscarlo. El remedio es bien conocido; lo que importa estudiar y conocer es la forma de aplicarlo. Y para ello fuerza es que pongamos antes la llaga al descubierto, que conozcamos toda su malicia, que sondeemos la herida y veamos hasta dónde llega para mejor podernos guiar.

Pero ante todo debo hacer una manifestación,

y es que quisiera llevar al ánimo de los que oyeren ó leyeren estas conferencias el convencimiento absoluto de que en cuanto digo en el transcurso de ellas no hay la menor intención de ofender ni de molestar á nadie, que no me guía otro deseo que el de hacer un bien, que no me impulsa otro móvil que el de contribuir, en lo que pueda, á la pacificación social. Sabe Dios cuán ciertas son estas palabras y espero que Él será en mi ayuda.

Por otra parte, si no os hablara claro haría traición á mi conciencia y os engañaría; contribuiría á mantener oculta la verdad y yo entiendo que la causa primordial de los conflictos sociales y de gran parte de las luchas que sostiene la humanidad es debida, cuando no al error, al ambiente de ficción en que vivimos. Fuerza es, pues, que digamos las cosas tal como son. No nos contentemos con lloriqueos, dejémonos de frases de mera conmiseración hacia los débiles; ha pasado á la historia el tiempo de las plañideras, no es ya cuestión de recomendar paciencia, resignación y calma, no es tiempo solo de predicar la caridad, sino de practicarla; es hora, señores, además, de reclamar justicia, de exigir justicia, de imponer justicia. Y cuando veamos que la justicia es un hecho, y sin embargo no basta á enjugar las lágrimas de los pobres, entonces podremos dar un aldabonazo á la Caridad y pedirle por favor que ayude á la Justicia en su obra humanitaria de paz y sosiego.

Hechas ya estas consideraciones, entremos

de lleno en la primera parte de estas conferencias y examinemos cuáles son las causas de las luchas entre el capital y el trabajo, entre el industrial y el obrero.

Al discutirse las causas de las huelgas en uno de los Congresos celebrados por la Internacional, la Sección de Bruselas, en su informe, las determinaba del siguiente modo: un aumento de salario; impedir su disminución; una rebaja en las horas de jornada; oponerse al aumento de dichas horas; la abolición de reglamentos de taller atentatorios á la dignidad del obrero; la mejora de las condiciones higiénicas y la seguridad de los talleres y minas; rehusar instrumentos defectuosos, ó el empleo de primeras materias que puedan ocasionar una pérdida al obrero; oposición á los patronos que quieran romper los contratos; destruir las maquinaciones de los patronos contrarios á la asociación obrera, y oposición á la entrada en las fábricas de un número excesivo de aprendices.

Es cierto que todo lo que acabamos de enumerar ha sido y es, con frecuencia, causa de huelgas; pero hay que reconocer que la referida Sección se quedó corta y que comenzó el viaje á mitad del camino. Que se quedó cortos lo demuestra á diario la experiencia, pues vemos, y trataremos de ellas más adelante, que son muchas otras las causas de estos conflictos.

En cuanto á que comenzó el viaje á mitad del camino, es decir, que no examinó las causas desde el verdadero punto de origen, no hemos de extrañarlo si consideramos el espíritu puramente materialista de que está poseída la Internacional.

Sí: la disminución de salario, el aumento de horas de jornada, el incumplimiento de los contratos, el despido de obreros asociados, las malas condiciones en que se efectúa el trabajo, etcétera, etc., todo esto son otras tantas causas de protestas que se traducen á menudo en huelgas. Pero no es menos cierto que con frecuencia las huelgas provienen de una mala inteligencia; otras veces es un espíritu de amor propio el que hace que, sin parar mientes en los estragos que pueda causar, se entable una lucha más ó menos pacífica — si es que puede haber luchas pacíficas — ó más ó menos agitada; no pocas veces es la intransigencia la que juega el papel más importante, aun viendo quizás la razón que asiste á la parte contraria; otras, en fin, deriva la lucha de la opresión, del abuso de la fuerza, de un egoísmo particular, ó de la voluntad de una minoría, muchas veces exigua, que se impone á la mayoría.

Esto nos dará á entender que hay ocasiones en que lo que se llama causa de una huelga no es sino un pretexto, pretexto que no suele ser más que un efecto de la causa real y positiva del conflicto. Yo entiendo, señores, que así como la causa de una inundación es el desbordamiento

de un río y esta causa es, á la vez, efecto de las excesivas lluvias, así también las causas inmediatas de las huelgas no son sino efectos de otras lejanas cuyo punto de origen radica en la conciencia humana.

Admitamos, pues, la división de las causas de las huelgas en remotas y próximas, examinémoslas detenidamente y veremos en cada una de ellas otra serie de concausas que derivan siempre de un mismo principio para ir á parar á un mismo fin. No demos vueltas al asunto, mirémosle con el prisma que queramos, siempre veremos lo mismo, que los de arriba como los de abajo han salido de su esfera, están fuera de su centro y que la manzana de la discordia no es otra que el bienestar de esta vida.

Causas remotas

Comencemos por estudiar las causas remotas. Estas causas no son otras que las que tan magistralmente expuso nuestro Santísimo Padre León XIII, de veneranda memoria, en su Encíclica *Rerum novarum* y que de manera tan admirable tiene desarrolladas y comentadas en su obra «Socialismo y anarquismo», el gran maestro en sociología nuestro muy estimado Padre Vicent. En realidad, ante lo que han dicho tamañas figuras, debiera enmudecer la lengua de este pobre pigmeo; mas las circunstancias han querido que aporte también yo mi granito de arena á la obra bienhechora de pacificación social, si-

quiera sea narrando en lenguaje torpe lo que he presenciado y exponiendo los resultados de mis investigaciones.

Las causas determinantes de la cuestión social expuestas en la citada Encíclica, son tres: La apostasía de las naciones, el individualismo y la usura. Estas son las que voy á desarrollar, si bien dándoles una división distinta, considerándolas en otra forma. Así, pues, las dividiremos en cuatro clases: unas que llamaremos generales; otras originadas por los patronos, como patronos; otras que dimanen de los obreros, como tales, y otras que derivan de elementos distintos.

Causas generales

En las causas generales encontramos un mal-estar profundo cuyo origen no es otro que la apostasía de las naciones, la falta de fe, el individualismo, la desmoralización y el relajamiento de costumbres que reina en la sociedad. La inquietud constituye su estado habitual. Por momentos ésta se adelanta hasta la angustia. El sentimiento del peligro de la hora presente y el de los más graves del día de mañana, la envuelve en perturbaciones y dudas, vecinas de la desesperación.

Los pueblos contemporáneos se sienten trabajados por un mal, que tiene su origen en el fondo de las almas, y contra el cual muchos de aquellos mismos que tienen conciencia de él y

miden sus consecuencias, no alcanzan á decidirse á empeñar francamente la lucha.

El olvido de las prácticas religiosas, la indiferencia en las materias de fe y la atrevida negación de las verdades fundamentales de la vida moral han dejado en los corazones, vacíos de Dios, un inmenso deseo de satisfacciones terrenales. Esa corriente hacia los bienes, que solamente se ofrecen á las codicias de un mundo embriagado de sensualismo, en proporciones siempre limitadas, ha hecho que naciese, por la rivalidad de los apetitos, un individualismo, cuya justificación se pide á las teorías utilitarias. Tiene armados á todos los hombres, los unos contra los otros, el individuo contra el individuo y la clase contra la clase. El interés propio, único motor de esta sociedad materializada, declara legítimas todas las competencias, sin otras restricciones que las amenazas del código penal. Es, por señalarlo con su nombre verdadero, un régimen de egoísmo, dentro del cual, encerrado cada uno en sí propio, todo lo pide para su bienestar y perfeccionamiento á su esfuerzo individual, y nada espera fuera de lo que ha de provenirle de la asistencia que él á sí mismo se presta.

Esta es en todas sus esferas la ley de la vida moderna; la lucha por la existencia y los goces, la expansión sin medida de todas las potencias del individuo, así en las cosas intelectuales como en las materiales; en todos los grados de la escala social la pasión del lujo, la cual sórdida ó

brillante, grosera ó delicada, según las condiciones, satisface el orgullo y la sensualidad de una sociedad en la que el hombre reina solo.

En este mundo utilitario se ha perdido toda idea de seriedad en la vida. La desvergüenza del espíritu acompaña á la de las costumbres. En medio de los aturdimientos de una fiesta perpetua, se trata de olvidar que en nuestras sociedades nada hay seguro para el día de mañana. Mientras que en los salones se saborea la inmoralidad, más ó menos elegante de la novela, el teatro y el periódico que en todo se ocupa, el pueblo devora las hojas más revolucionarias y repite en los cafés-cantantes los refranes desvergonzados de un libertinaje imbecil.

¡Bella manera, por cierto, de pasar la vida cuando se extingue la agricultura, languidece la industria, gana el obrero un salario insuficiente y, por efecto de la crisis económica que se atraviesa, se ve obligado á emigrar á lejanos países donde aumentarán quizás sus penalidades y sus privaciones!

Sí: el pueblo también tiene su lujo, como los ricos ostentan el suyo. Grandes y pequeños, entregados, en diversas esferas, á las mismas exageraciones y vicios, se temen, envidian y detestan de la misma manera. Entre esos hombres, que tanto se asemejan en el fondo, media un abismo, el abismo del individualismo utilitario.

Este es uno de los resultados de la falta de creencias religiosas. Y aquí he de observar una

cosa, respetando, siempre, las muchas y honrosas excepciones que, así en la alta como en la baja esfera, sostienen el buen nombre de la respectiva clase; mucho se declama contra el extravío que se nota en los trabajadores, y con sentidas frases se pincelan las erradas doctrinas que gozan de gran predicamento en el proletariado; pero para guardar la debida imparcialidad, debería consignarse que la fuente del error no está en región tan baja, y que su corriente no inficiona á la clase humilde, sin haber antes corrompido las más elevadas. El mal, como el bien, obran siempre más poderosamente de arriba abajo que no de abajo arriba. El relajamiento de las creencias religiosas ha empezado en las esferas superiores de la sociedad, y de allí ha caído el hielo del excepticismo que acaba con la vida moral de la muchedumbre.

Un distinguido escritor catalán, que á la vez era fabricante, dice en una de sus obras, en la que trata de la cuestión social: «Si hay desvíos
»en el pensamiento de las clases proletarias,
»tengamos por cierto que no hay rectitud en
»nuestro juicio; y si su alma se nutre del error,
»nuestro espíritu de seguro que tampoco se
»alimenta de la verdad. Si afloja en el proletariado el sentimiento de justicia, hallamos que
»en nosotros es harto débil el respeto del derecho;
»si advertimos en los obreros una osada tendencia, enemiga del principio de autoridad, preguntemos quien ha derribado su pedestal. ¿Se
»muestran dispuestos á atentarse contra lo ajeno?»

»Registremos nuestra conciencia y nos sonroja-
»remos al descubrir que el criminal deseo que
»en ellos ha despertado el hambre, ha sido en
»nosotros el punzante aguijón de una codicia
»desmedida».

Esto es, señores, la realidad de lo que pasa, y buscar las causas de la cuestión social por otra parte es querer ser ciego, es buscar el sol en las tinieblas de la noche.

Esa falta de creencias religiosas, ese relajamiento de costumbres, ese apego á las cosas de la tierra, es lo que ha traído el individualismo más refinado, y gracias á él, los obreros han quebrantado los frenos de la vida ordenada, han dado expansión á sus pasiones, y la codicia, la envidia y la insubordinación han invadido las fábricas y talleres.

Por su parte, los patronos, han contribuído al fomento de la rebeldía del pueblo trabajador, y aquellas diferencias, de fácil conciliación al principio, han ido creciendo y desarrollándose hasta convertirse en guerra encarnizada de clases.

El individualismo revolucionario es el que ha logrado sembrar la no cultivada inteligencia del obrero de prejuicios tales, que le impiden conocer las condiciones naturales de la actividad económica y social; errores que han llegado á descender á su corazón, transformados en odio implacable contra todo lo que en algo se levante sobre el nivel igualitario que ha establecido, y en proyectos de guerras y exterminio de todo lo que revele orden gerárgico en el trabajo, y

aún de aquellas personas é instituciones de quienes únicamente se puede esperar la restauración de las condiciones normales de la vida del obrero.

El individualismo utilitario es el que ha hecho que el fabricante no piense más que en atesorar riquezas, sin cuidarse ni preocuparse para nada de la condición moral y material de sus obreros, sin hacer distinción entre los medios legales é ilegales; el individualismo utilitario es el que ha hecho sustituir el hombre por la mujer; el individualismo utilitario es el que ha colocado al tierno niño al lado de una máquina exponiéndole á mil contingencias y á mil peligros, si no fuera por sí sólo bastante peligro la atmósfera viciada que se respira en las fábricas y lo que es más tremendo todavía, el vaho de inmoralidad de que muchas están llenas; el individualismo utilitario es el que desampara al obrero cuando más necesidad tiene de protección, cuando por los achaques de la vejez no puede ya valerse de sí mismo por haberse agotado sus fuerzas en provecho tal vez del mismo que le desampara.

He apuntado, señores, algunos males del individualismo utilitario: el afán de riquezas, la sustitución del trabajo del hombre por el de la mujer, el empleo del niño en las fábricas y talleres y el desamparo en que se deja á los ancianos. De cada uno de estos males voy á ocuparme separadamente.

«Trabajar para vivir, era la enseña de

»nuestros antiguos artesanos; enriquecerse para
»gozar, es la divisa de los modernos industria-
»les. Antes sólo se aspiraba á adquirir lo nece-
»sario para los dispendios de la vida; toda la
»ambición del padre de familia se ceñía á obtener
»una modesta fortuna, que bastase á la educa-
»ción de sus hijos, y á poner su vejez á cubierto
»de la miseria; pero ahora es menester atesorar
»mucho y con rapidez, porque el cebo del goce
»tenta á todas horas, y por copioso que sea el
»caudal de la riqueza, prontamente se derrama». No son palabras mías, son palabras de aquel escritor y fabricante de que antes os hice mención.

¿Y qué os diré, señores, de la sustitución del hombre por la mujer en los talleres y fábricas? Aquí es quizá, donde el individualismo se muestra más acérrimamente egoísta. Todos sabéis que la sustitución del trabajo del hombre por el de la mujer ha sido repetidas veces causa de huelgas. Pero ved como este sistema no es más que un efecto del individualismo. Decían los antiguos escolásticos, y decían muy bien, que *quod est causa causae, est etiam causa causati*. Así, pues, si la sustitución del hombre por la mujer en la industria es causa de huelgas y aquel sistema no es más que un efecto del régimen individualista, este será, no hay duda, una de las causas principales de la lucha entre el capital y el trabajo.

Debido al individualismo, el hombre que ganaba lo justo para él sólo, se ha visto obligado á enviar á la fábrica á su mujer y á sus hijos.

La consecuencia directa de esto ha sido una rebaja de los salarios y una relajación de la vida de familia. Ciertos trabajos de fábrica pueden hacerlos tan bien las mujeres y los niños como los hombres. Las mujeres y los niños ganan menos, y, como es natural, el fabricante los prefiere. Además, la docilidad de la mujer, su resistencia menor que la del hombre á las exigencias crecientes de los patronos, indujeron á estos últimos á mirar el trabajo de aquella como más ventajoso; resultando de esto que las hijas hicieron competencia al padre y la mujer al marido hasta un punto inimaginable. Así, en vez de trabajar en común y los unos para los otros, trabajan unos contra otros, por cuyo motivo lo que debería atenuar la lucha por la vida, sirve para hacerla más dura. La necesidad de vivir obliga á la mujer, antes y después del alumbramiento, á perder tan pocas jornadas de trabajo como le sea posible. La naturaleza se venga, por medio de enfermedades de todas clases, de semejante infracción de los primeros deberes de una madre.

La mujer que, por su condición de pobre, se ve obligada á ganarse un pedazo de pan en una fábrica, es una verdadera esclava. Los domingos, que podría estar reunida con su esposo y con sus hijos, no le es dable hacerlo, porque el lavado y el planchado de la ropa, el aseo y los demás quehaceres de casa se lo impiden. Esto hace que el marido, si no está á la altura de sus deberes como tal y como padre, vaya á buscar

en la taberna la distracción que no encuentra en su hogar, y que los lazos de familia estén menos íntimamente unidos de lo que debieran estar.

Pero no es esto sólo lo que hemos de considerar; menos mal si la mujer se ocupara solo en los trabajos propios de su sexo.

Puede decirse que antes era únicamente en la industria textil en donde la mujer reemplazaba al hombre; hoy es en muchas de las industrias, aun en aquéllas en que la fuerza muscular juega uno de los papeles más importantes. Así, por ejemplo, tenemos ya en Barcelona mujeres que trabajan en fundiciones y en el oficio de cerrajeros mecánicos, aun cuando en realidad sean muy contadas las obreras ocupadas en dichos oficios.

Aquí mismo, en Valencia, las tenemos ocupadas en el barnizado de muebles; y esto ha sido y es, en parte, causa de la crisis porque atraviesan los fabricantes de muebles de Barcelona, y de varias huelgas que de dicho oficio estallaron en aquella capital durante el año pasado, pues los fabricantes valencianos pueden competir muy bien con los catalanes, por la reducción que han sufrido los jornales, al sustituir al hombre por la mujer, en el trabajo antes indicado. Esto, aparte de la ruina que han causado á los operarios sustituidos.

Triste y doloroso es confesarlo, pero es un hecho cierto. Cuando el marido, con el sudor de su rostro, ganaba el sustento para todos, y en escasa parte, solo como ayuda, la mujer y los

hijos ponían en manos del esposo y del padre el fruto de sus trabajos, podía aquél levantar la voz y pedir rigurosa cuenta de como se invertía el precio de su fatiga; pero desde que se da el caso, por desgracia muy frecuente, como lo he presenciado yo repetidas veces, de que el esposo, con una criatura de pecho en los brazos, acude los sábados por la tarde á la puerta de la fábrica á esperar la salida de su esposa y de sus hijos, que han de llevar á casa un jornal, que él no tiene donde ganar ¿que fuerza moral puede ejercer sobre su familia? ¿Será posible que amoneste á la esposa y á sus hijos, cuando el sábado se presente con las manos vacías, y se siente á la mesa y viva como de limosna? Cuando la mujer con su salario se basta, y los hijos no necesitan el jornal del padre, éste, desarmado y envilecido á sus ojos, se halla condenado á tolerar el despilfarro y los desórdenes de su familia, de la que viene á ser, más que un sostén, una carga embarazosa.

De esta suerte, rotos todos los vínculos en este matrimonio, muere el amor, porque se extingue la virtud; no hay correspondencia, porque prevalece el egoísmo; sin cohesión sus individuos, sin mancomunidad de goces é intereses, marchando cada cual por su lado, la casa del obrero viene á ser un establecimiento de pupilaje, sólo un techo que cubre las ruinas hacinadas de la familia.

Pero además de todo esto se sigue otro mal, y es el abandono en que quedan los hijos, cuando

el padre y la madre trabajan y aquellos no pueden hacerlo todavía ó no tienen donde ocuparse. De ahí el que en su infancia no reciban más enseñanzas que la fraseología soez que se oye en ciertos barrios; de ahí el que, expuestos á mil contingencias, no estando bajo el cuidado de nadie, contraigan otras tantas enfermedades que, si no acaban con ellos, les dejan raquíticos y enfermizos, convirtiéndoles en constantes huéspedes de los hospitales; de ahí, en fin, el que en varios centros industriales de Europa una triste experiencia viniera á patentizar, hace tiempo, una costumbre, hoy por suerte desaparecida, la de que muchas madres de familia, dejando en la cuna á sus hijos, procuraran adormecerlos con medios artificiales. En algunos puntos de Inglaterra llegaron á hacer uso del opio, en Manchester de la triaca y en Flandes del jugo que se obtiene de la adormidera, con grave daño de la salud y con inminente riesgo de hacerles presa del idiotismo ó de una muerte prematura.

Pero no es por ciega y desenfrenada codicia que, esas madres de familia, salen de sus viviendas para obtener el premio de otro jornal; no es por desdén ni falta de amor que dejan á sus tiernos hijos, ya encerrados en la casa, ya arrastrándose por la calle; es para poder cubrir sus carnes, es para poderles dar un humilde lecho en vez de hacerles dormir sobre una vieja estera ó un montón de paja, es para acallar sus bocas que sin cesar piden pan; no es una elec-

ción espontánea entre el gusto de estar junto á ellos ó abandonarlos, es una necesidad apremiante, es el santo, es el heroico propósito de luchar con la miseria y vencerla con el trabajo.

Otro de los males del individualismo es la concurrencia de los niños á las fábricas y talleres. Poco á poco, uno á uno y luego ciento á ciento, fueron arrancados del regazo de la madre y poblaron los talleres, viniendo de aquí los males más deplorables. Sin dar lugar al desarrollo de su constitución física, robados á la enseñanza en el período más precioso, hacinados en estancias insalubres, sin sentir el calor del hogar doméstico, en contacto íntimo con sus amigos ya pervertidos, allí se estableció la escuela de su disolución, allí el aprendizaje de su desenfreno, allí se criaron esas generaciones de esclavos, y de allí salieron esos salvajes de la civilización, los que la licencia, la fatiga y el hambre no habían arrebatado, para poner en peligro y zozobra la sociedad moderna.

¡Pobres criaturas! ¡Quién pudiera arrancar de un sólo golpe, de las fábricas y talleres esos tiernos pimpollos que agosta el hálito de la codicia, flores marchitadas antes de romper su capullo!

Vedlos allí sujetos al pie de una máquina; el rodar de las mecheras son sus juegos y delicias, las púas y engravaciones son sus embelesos.

Observad como hieren sus tiernos oídos palabras ardientes que volcanizan su cerebro, que inflaman su corazón, que les martirizan, les

incitan. El ejemplo les arrastra, y luego el vicio y el libertinaje, enervante y precoz, aniquilan sus fuerzas físicas y consumen su naturaleza débil y marchitada ya por un trabajo prematuro y una respiración insuficiente.

Así pasa la vida del niño al lado de la máquina. Y más tarde, limitada su inteligencia por la densa niebla de una ignorancia estúpida y forzada, sin el discernimiento conveniente para separar la utopía quimérica de la realidad asequible, solo da oídos á doctrinas falsas pero alagüeñas, vertiginosas pero atractivas, que halagan sus sentidos, sus pasiones innobles y que un día le arrastran á cometer actos de barbarie y vandalismo, propios sólo de hordas salvajes é incivilizadas.

En vez de libros, que tampoco sabría leer, corren profusamente por sus manos láminas obscenas, oye cuando circulan de boca en boca aspiraciones vanas y ensueños fantásticos. A estas ideas, de un sensualismo que embriaga, suceden lógicamente las que deben facilitarles estos mágicos ensueños; el amor á las riquezas les sugiere la comunidad de intereses y la rabia contra los ricos y contra la propiedad. Hojas democráticas y antisociales, rebajando el prestigio de la autoridad y concediendo á las masas unos derechos que no son suyos, falsean su espíritu, excitan sus pasiones y las enardecen, creando males sin cuento á la sociedad en general y á los obreros en particular.

Esta es la vida del niño, esta la escuela

donde aprende falsas teorías que al quererlas traducir á la práctica, cuando ya es hombre, forzosamente han de dar los resultados que todos lamentamos.

El régimen individualista ha traído, pues, los siguientes resultados: la mujer se marchita antes de tiempo; descuidados los niños, degeneran física y moralmente; las jóvenes no iniciadas por las madres en los trabajos caseros, no tienen á la vista el ejemplo de las virtudes y deberes domésticos.

Dirán tal vez que la industria es libre. Realmente la industria es libre; pero es libre para hacer el bien, no para causar un mal; es libre para obrar, crecer y prosperar, en cuanto no vulnere otros derechos sagrados ó respetables; es libre como el ciudadano á quien se concede una esfera de acción, limitada siempre por los derechos de otro hombre, ó por las leyes de la moralidad y la justa conveniencia social; y así como el individuo no puede atentar contra la vida y la salud de otro, por más que de ello reportara un bien material, de la propia suerte no puede la industria (esa entidad moral) causar perjuicios á la clase obrera explotándola de una manera atentatoria y gravemente perniciosa á su desarrollo tanto físico como moral.

Al bien social conviene, pues, é interesa á la vez así al progreso de la industria, como á la conservación de las clases que á ella se dedican, el evitar que éstas se degeneren y se degraden.

Estas son, señores, descritas á grandes ras-

gos, las causas remotas de las huelgas, causas que yo llamo generales porque constituyen, por decirlo así, esa atmósfera viciada que por todas partes se respira en estos tiempos de libertad y de progreso.

Pero os he indicado al principio que además de estas causas hay otras, también remotas, que provienen directamente de los patronos, como tales, y estas son las que ahora vamos á analizar.

Repito que el asunto es grave, que dejo siempre á salvo las numerosas cuanto honrosas excepciones que se hallan en el camino que vamos recorriendo y que no me impulsa otro deseo que el de curar ó por lo menos aminorar un mal.

Causas por parte de los patronos

El patrono no es solamente uno de los elementos esenciales de la organización del trabajo, sino que su influencia y su acción trascienden mucho más allá de lo que estrictamente se llama el orden económico, y tiene una misión que ha de cumplir dentro del orden social. El patrono ha de ejercer sobre sus obreros un verdadero patronato.

Los economistas de la escuela utilitaria, entregados por completo á sus especulaciones acerca de la riqueza, la potencia del trabajo que la crea y la manera de distribuirse, enteramente preocupados de las ganancias y pérdi-

das en sus relaciones con el interés individual, persuadidos como están de que el provecho individual hace necesariamente el bien general; esos teóricos de la economía individualista, desatienden el aspecto superior de las funciones del patrono, y al parecer no descubren su importancia social. En una sola cosa se ocupan, en la responsabilidad financiera y comercial, dentro de la que solamente se trata del patrono en sí mismo y de sus intereses.

De aquí han venido ciertas especulaciones vituperables que se practican no solamente sobre las necesidades materiales, sino también sobre la dignidad y moralidad del obrero; abusos demasiado reales por parte de algunos patronos, y que si bien no alcanzan á justificar los excesos de los obreros, contribuyen, sin embargo, á explicarlos.

Dice el reverendo D. Plácido Villarrubias hablando de los patronos en su folleto *La Iglesia Católica y la clase obrera*: «Los hay que ganan »sumas colosales, acumulando una gran fortuna »na, y su vida corre entre la crápula y la orgía, »mientras á sus obreros les dan un mísero jornal, »insuficiente para ellos, para sus mujeres y sus »hijos; permiten que sus fábricas y talleres se »transformen en escuela de corrupción por parte, muchas veces, de sus representantes, y de »los que las mujeres y niñas salen no siempre »con la virtud que entraron...; otros, no respetando los sentimientos religiosos de sus obreros, les apartan del cumplimiento de sus deberes

»para con Dios, obligándoles al trabajo los días
»festivos por la mañana, burlándose de su *fana-*
»*tismo*; otros, por satisfacer su ambición política,
»mangonean los derechos civiles de sus obreros,
»y ponen en sus manos el voto para depositar
»en la urna bajo la amenaza de la expulsión de
»la fábrica ó del taller... Sí, lo confieso—añade
»el referido autor—existen patronos indignos:
»por su posición social, por su instrucción, por
»su educación y por su propio interés deberían
»ser los agentes de la justicia y de la humani-
»dad; y sin embargo, se convierten en los pro-
»pagadores del vicio y los opresores del pueblo.
»¡Estos deshonoran, envilecen y desacreditan á
»miles de patronos; estos preparan y justifican
»todos los excesos de las venganzas populares!»

Desgraciadamente, señores, esto es exacto. No faltan, por desgracia, industriales ricos, los llamados por la clase proletaria *burgueses*, que cuidan poco ó nada de la suerte y de la situación de los obreros. El afán de atesorar mucho no deja tiempo para pensar en los que nada tienen. Yo puedo citaros algunos hechos de diferente índole, que si unos abaten por completo el espíritu, los otros lo levantan hasta la más alta indignación.

Puedo decirlos que conozco un industrial que, en competencia con otro, tuvo á su disposición durante todo un verano á veinticuatro criados, y sin embargo, á un operario que, en cierta ocasión en que yo me hallaba en su despacho, entró á pedirle dos pesetas á cuenta de la semanada

que debía satisfacerle al día siguiente, le contestó con una frase despectiva, con algunas palabras mal sonantes y diciéndole que hasta el sábado no acostumbraba á pagar á los trabajadores. He de manifestaros, señores, que fué aquél un momento de terrible angustia para mí. El pobre obrero lo había pedido en buena forma, alegando que en su casa no había ya dinero y que al día siguiente su mujer no podría ir al mercado. De nada le valió su argumento; era aquella una filosofía que como nunca la había estudiado su patrono, no supo entenderla. El acostumbraba á pagar á sus obreros los sábados por la tarde y no era cuestión de que veinticuatro horas antes fueran á importunarle, obligándole tal vez á hacer un asiento ó una nota en los libros de contabilidad por dos miserables pesetas. El camino no podía ser más expedito, la solución no podía ser más fácil: «Si no tenéis, no comáis».

A ese mismo industrial le oí quejarse pocos meses después de que las cosas iban mal, de que la industria atravesaba una crisis tremenda, de que de seguir tal como iban llegarían á la ruina completa. Aquel año *no había hecho más que trece mil duros de ganancia neta*, incluyendo en los gastos, no sólo los de la fábrica, sino también los de su casa.

Un día me contó una señora, que tiene una amiga á la cual acompañó á comprarse un abrigo, por el cual le llevaron la friolera de *15.000 pesetas*, cantidad que satisfizo sin intentar si-

quiera la menor rebaja; y como al salir de la tienda le indicara la que me contó el hecho que si hubiese regateado le habrían hecho tal vez algún descuento, contestó ella con la siguiente socarrona frase: «Yo no puedo, yo no debo regatear. Tengo 460 hombres que me ganan para esto y mucho más». Se refería á los obreros de la fábrica de su esposo.

Otro de los hechos que guardo en cartera y que quiero contaros, es el siguiente, sobre el cual os suplico que fijéis vuestra atención:

Un acaudalado banquero y á la vez propietario de varias minas, residente en una importante capital de España, tuvo que ir en 1903 á una población de Francia por asuntos del negocio; y habiendo encontrado allí á unos amigos decidieron correr una juerga. El indicado banquero escribió á un agente suyo en París y le encargó una comisión nada conforme con la moral, sin reparar en gastos, y al efecto le acompañaba en la carta un cheque en blanco para que lo llenase á su antojo. El mismo día de recibido se dió cumplimiento á la comisión, y el satisfacer un afecto desordenado no costó menos de 125.000 francos.

Pocas semanas después, los operarios de las minas de aquel mismo señor le presentaron una demanda de aumento de salario, demanda á la que se opuso él desde el primer momento. En manera alguna podía acceder á los deseos de sus obreros. Un aumento de salarios hubiera equivalido á una merma crecida en sus ganancias y

tal vez á su ruina. No era posible, pues, acceder á las pretensiones de sus trabajadores.

Estos, en vista de la negativa, amenazaron con la huelga y á la huelga fueron. De la huelga vinieron las coacciones, salió la guardia civil para mantener el orden, creció el número de huelguistas, las violencias, lejos de disminuir, fueron en aumento, la fuerza pública disparó sus mausers y cayeron al suelo, heridos por el plomo, algunos obreros. Y pregunto yo ahora, señores, ¿dónde está la fraternidad de que tanto se habla en estos tiempos? ¿dónde está la caridad? ¿dónde está la equidad? ¿dónde está la conciencia? ¡Ah! no la busquéis en un hombre que sabe correr entre la crápula y la orgía, que sabe derrochar 125.000 francos en un día, y sin embargo se muestra obstinado y se niega en absoluto á aumentar siquiera sea en cinco céntimos el jornal de los que le labran la fortuna, el salario de aquellos que tal vez no tienen lo suficiente para acallar las bocas de sus pequeñuelos cuando les piden pan para apagar el hambre. Esto, señores, es horroroso, esto es inicuo, esto es inhumano.

¿Váis viendo esa serie de eslabones que se llaman irreligión, egoísmo, soberbia, lujuria, avaricia y que forman la cadena con la cual se oprime al proletariado?

Tened por bien seguro que estas son las principales causas determinantes de esa guerra social que á diario presenciarnos. Las cuestiones de salario, horas de jornada, etc., podrán ser

causas materiales de huelgas; pero no tienen tanta importancia como las causas morales que vamos estudiando. El obrero transigirá, si queréis, en la rebaja de salario ante el temor de una crisis de la industria en que trabaje; con frecuencia se conformará y aún se prestará voluntariamente á trabajar más horas de las que marque el reglamento porque se rija; pero lo que no perdona el obrero es la injusticia; por lo que no pasa y en lo que no se conforma ni se conformará nunca (y es natural que ello sea así), es en ver como el patrono, el industrial, el rico nada en la abundancia, gasta y derrocha y él y su esposa y sus hijos trabajan de sol á sol, muchas veces cogiendo la luna por en medio, y á menudo se encuentran con que no tienen para saciar el hambre, para atender debidamente á un enfermo, para hacer frente á las necesidades más perentorias.

Se me ha dicho con frecuencia que el obrero, sobre todo el que habita en las grandes capitales, tiene hoy mayores gastos que los que tenía antes; la facilidad de comunicaciones, la baratura de los tranvías, los teatros por horas, los cinematógrafos, han aumentado su presupuesto de gastos. Sí, todo esto es cierto; pero yo pregunto: ¿es que el obrero no tiene derecho á distraerse y á divertirse siempre que lo haga dentro de los límites de la honestidad? ¿quién será capaz de demostrarme que el patrono, el propietario, el capitalista puede tener derecho á poseer coche de propiedad, puede ir en lujoso

automóvil y el obrero no lo tiene para ir en democrático tranvía?

Haced que, en lo posible, no le falte nada al obrero y veréis como le tienen sin cuidado el lujo y el derroche de los poderosos. Y no quiero decir con esto que la miseria sea causa de la cuestión social en el aspecto en que ahora la consideramos, no; pero contribuye á aumentar el mal.

Causas por parte de los obreros

Hay que reconocer, sin embargo, que también el obrero tiene su parte de culpa, también él contribuye á su esclavitud, á su malestar.

Os decía al principio que la incredulidad había invadido igualmente la parte alta y la parte baja de la sociedad. Y añadía que el mal, como el bien, obra más bien de arriba abajo que no de abajo arriba. Los desmanes, pues, de cierta parte de la aristocracia, si bien explican los de la democracia, no los justifican.

Poco ilustrado y mal dirigido, la venda que cubre los ojos del proletariado no le deja ver lo utópico y absurdo de las teorías que le seducen, y en su ignorancia halla fácil y hacedero el romper la trabazón y variar la contextura que sostiene á la sociedad. Si el obrero se hallase profundamente empapado en la ciencia del cristianismo, con desdén y desprecio oiría los halagos de esa pérfida sirena que le adormece para ahogarle en sus brazos; y teniendo una verda-

dera conciencia de su posición, buscaría el bienestar en el trabajo, en la sobriedad y en los goces domésticos. En los agravios, hallaría más consideración con el respeto que con la altivez; en los dolores, más alivio con la resignación que con el desesperarse; y en sus legítimas tentativas para mejorar su suerte, más buen éxito con su laboriosidad, aprovechado estudio y economía, que con combinaciones complicadas, luchas fratricidas y estrepitosas rebeliones.

Pero muda la voz del buen sentido, déjase llevar de un torbellino de palabras, tan sonoras como huecas, y de error en error se ha desviado también del camino de la justicia:

A ello han contribuído las sociedades de resistencia, no por ser tales, sino por el abandono en que las han dejado el Estado y aún los mismos patronos. Desaparecidos los gremios, abandonada al azar la clase obrera, sintió la necesidad de una organización para defender sus derechos y mejorar su triste condición, y de aquí nacieron las sociedades de resistencia, llamadas antes coalicionistas. Estas sociedades, digan lo que quieran los patronos, influyen poderosamente en la marcha del movimiento social. Pero mal organizadas y peor dirigidas (porque de su dirección se han encargado hombres sin fe y sin creencias de ninguna clase, ávidos solo de ambiciones y medros personales), no pueden dar otros resultados que los que todos los días estamos presenciando. Yo las he estudiado de cerca y si bien es cierto que he visto algunas que con-

servan todavía un fondo de moralidad, en cambio puedo decir de otras que no son más que verdaderas escuelas de anarquismo.

Generalmente hablando (y hay en esto, como en todo, sus honrosas excepciones), los cargos de las juntas recaen en sujetos de los más revoltosos y con frecuencia poco amigos del trabajo, muchos de los cuales con desparpajo y audacia se han convertido en oradores de club, pronunciando discursos y exponiendo ideas incoherentes que han tomado al azar de tal ó cual periódico. Estos seducen con frecuencia á los más honrados y laboriosos, los cuales, de una manera inconsciente, les han servido de pedestal para convertirse en oradores, publicistas, concejales, aspirantes á diputados y manipuladores de mala ley.

No son gratuitas mis afirmaciones. Yo puedo decir que en cierta ocasión asistí en Barcelona á una reunión general de una de las sociedades de resistencia más fuertes y más grandes en número de socios, en cuya reunión debía aprobarse un estado de cuentas. En él figuraba una partida en la que por la impresión de 1.000 papeletas de convocatoria se contaban 40 pesetas. El estado de cuentas se aprobó sin la menor observación y con la conformidad de todos. Los pobres obreros que hacían el papel de espectadores no se dieron cuenta de aquella enormidad, como no se la daban tampoco de otras muchas. Estos abusos y las continuas reclamaciones, con frecuencia absurdas, que presentaban á sus patronos, unido esto á la debilidad de carácter

del representante de los patronos mismos, determinaron á éstos á cambiar el gerente, colocando en su puesto á otro cuya entereza de carácter ha demostrado repetidas veces. De aquí vino, no sólo el despido de la inmensa mayoría de los empleados, sino también la disolución de la sociedad de resistencia, la cual no ha logrado rehacerse á pesar de haber transcurrido algunos años y de los esfuerzos realizados por ciertos y determinados elementos mangoneadores de la clase obrera.

Otra sociedad he conocido cuyos individuos de la Junta cobraban un semanal de 30 pesetas el presidente y 25 los demás. Ninguno de ellos trabajaba, no hacían más que acudir los domingos á la sociedad á cobrar las cuotas de los socios y á despotricar contra la burguesía. Pero llegó un momento en que, en una asamblea general, se acordó que los cargos de la Junta fueran gratuitos, y los que hasta entonces habían cobrado y logrado hacer inamovibles los cargos, presentaron la dimisión y haciendo una guerra atroz á la sociedad no pararon hasta conseguir la disolución de la misma, que contaba con más de 2.300 asociados, no sin que antes el cajero se evaporara con los fondos.

Como éstos he visto una porción de ejemplos.

Ahora bien; podría preguntárseme tal vez ¿por qué estos individuos son causantes de huelgas? La respuesta no puede ser más clara y sencilla. Porque unas veces por tener un falso concepto del cargo que ocupan, otras porque

«á río revuelto ganancia de pescadores», procuran siempre que entre los que componen la sociedad y los patronos haya cierta tirantez de relaciones, que á lo mejor se rompen y estalla la huelga.

Mas donde hay que estudiar también al obrero asociado es en los periódicos que publican las sociedades ó federaciones de algunos oficios. Tomadlos, leed y os caerán de las manos. En casi todos ellos encontraréis frases despectivas para los patronos y hasta insultos; y en algunos, pena da el decirlo, excitaciones á la rebelión, al robo, al pillaje y al asesinato. Lejos de ser esas publicaciones elementos de cultura y de organización para la misma clase obrera, son con frecuencia instrumentos de despotismo aun para los que, siendo de la misma condición de los que los escriben, no piensan ni sienten como ellos.

A todo esto hay que añadir el poco amor que hoy se tiene al trabajo, pues no parece sino que el hombre solo se afana para sacudir el yugo, que Dios le impuso en la persona de Adán, al cometer el primer pecado. Por lo menos así lo hace comprender el hecho de que el obrero prefiere casi siempre en sus reclamaciones una disminución en las horas de jornada que un aumento de salario.

Además ¿no apena el ánimo, el que un obrero, que ha perdido un ojo en un accidente del trabajo, se resista á que le operen el otro y se lo salven con objeto de quedar ciego para poder

cobrar mayor indemnización, creyendo que con la suma que le entreguen tendrá una renta para toda su vida? Pues esto ha sucedido no una vez sino varias en Barcelona. Y hace poco que en aquella misma capital se ha descubierto que los obreros de una determinada industria, en cuanto se causaban alguna herida, se la iban empapando con determinado líquido, que no dejaba cicatrizarla, con objeto de que, prolongándose su curación, fueran también más las dietas que habían de cobrar por el accidente y las de los Montepíos á que pertenecían, pues cada uno tenía buen cuidado de pertenecer por lo menos á tres ó cuatro y así era mayor la cantidad que percibía.

En una palabra, señores, que si por una parte hay la opresión y la tiranía, por la otra existe la mala fe y el poco amor al trabajo. En ambas falta la conciencia y cuando en el hombre no hay conciencia, difícil es que cumpla con escrupulosidad los deberes para con Dios, para con sus semejantes y hasta para consigo mismo.

Por otra parte: uno de los procedimientos más en boga entre los huelguistas de profesión, que no son pocos, consiste en ejercer su influencia directamente sobre jóvenes imberbes é ignorantes; hablándoles de la explotación infame del capital, de la suerte miserable de sus familias, de los vicios de la burguesía, é invocando pretendidas reivindicaciones, exaltando sus generosos sentimientos, entre el ideal de mejorar á la humanidad doliente los lanzan á una lucha

irracional. Y lo que es más triste, señores, es que en las revueltas producidas por los agitadores de oficio, las más de las veces se ven á hombres honradísimos seguirles como autómatas, sin saber ni reflexionar el camino que siguen ni adonde van.

Causas por parte de otros elementos

Falta hablaros todavía de las causas remotas que derivan de elementos que no siendo patronos ni obreros, influyen poderosamente en los conflictos sociales. Entre ellas encontramos la continua propaganda revolucionaria y atea en mitines, periódicos y folletos. Bajo el pretexto de levantar la dignidad del obrero, resueñan á su oído gritos de rebelión; como si no fuera bastante el aguijón de su dolor en su malhadado destino que á todas horas le aviva y enardece, las continuas predicaciones de espíritus mezquinos le exaltan pintándole horrores, pulverizando y aniquilando su fe religiosa, haciéndole divagar ciegamente en tenebroso caos de doctrinas incoherentes, inciertas y disolventes, en vez de inculcarle el deber y el respeto que merecen sus superiores. Esto hacen los que han abandonado el trabajo por la política, los que dicen sacrificarse continuamente por el bienestar del obrero, los que quemán incienso ante el poder de las masas levantando á su alrededor una densa nube que ofusca su razón y extravía los buenos instintos de su alma, los que

abusan de su credulidad, los que sorprendiendo su buena fe las adormecen con engañosos halagos, ó las excitan para hacerlas servir de instrumento de su ambición ó de escalera con qué poder encumbrarse, esparciendo entre ellas falsas y perniciosas ideas sobre el orden social y los deberes del ciudadano.

Pero aparte de esto, obsérvase también que los conflictos sociales dependen muchas veces de la falta de legislación. La que tenemos en España, además de ser muy poca, es muy pobre y deficiente, y, á decir verdad, no se que falta hacen las leyes si, después de todo, se infringen á mansalva y no hay una mano de hierro que castigue sin contemplación á los contraventores.

Ahí tenemos una ley del descanso dominical, de la cual podrá decirse bien pronto que el número de excepciones es igual al de industrias, una ley bien acogida por los obreros y cuyo incumplimiento ha producido infinidad de huelgas. Vosotros, señores, sabréis, como yo, la facilidad con que se infringe y lo irrisorio de las multas que por las infracciones se imponen. Pues bien; así y todo son muchos los patronos que desde que aquella ley se promulgó han sido multados repetidas veces y no han llegado á hacer efectiva una sola multa. Durante el año de 1906 las multas impuestas en Barcelona por infracción de las leyes de trabajo ascendieron á 27.300 pesetas, no habiéndose hecho efectivas más que 275. Y como esto es público y los obreros lo saben, y ven que los infractores gozan de

buena salud y de buena libertad, resulta de aquí que la misma desconfianza tienen con los patronos que con el Estado, que con todas las leyes promulgadas y por promulgar. Por esto repiten á cada momento que la redención del obrero ha de ser obra del obrero mismo y que su emancipación solo con la revolución podrá conseguirse. Y el final y el remate de todo ello es esa serie de catástrofes que todos lamentamos y que repetidas veces nos han arrancado palabras de compasión, gritos de dolor y frases de indignación.

Sin intención de analizar todas las leyes de carácter social vigentes en España, quiero también hacer mención de la del trabajo de las mujeres y de los niños.

Por lo que á las primeras se refiere, el tiempo que se da á las que tienen hijos para amamantarlos es de todo punto insuficiente; no es posible que en un cuarto de hora quede saciado el pequeño, y si la madre se toma seguida la media hora que la ley le concede por la mañana y la media por la tarde, entonces resultan los intermedios demasiado largos. Por fuerza ha de ir la criatura mal alimentada. Pero sabed igualmente que en la industria de tejidos se trabaja también de noche y que se da el triste caso de que á algunas de las obreras que crían se les lleva la criaturita á altas horas de la noche para que la amamanten. Decidme si no es esto un crimen de lesa humanidad.

¿Y qué diremos de los menores de catorce

años á los cuales se admite al trabajo? Acudid á los dispensarios y á las casas de socorro, leed los libros en que se registran las desgracias ocurridas y os encontraréis con que hay anotados accidentes del trabajo de los cuales han sido víctimas criaturas de doce, de once y hasta de diez años y lo que es más, veréis que muchos de estos accidentes han tenido lugar de noche, lo cual indica que la falta es doble, porque la ley prescribe de una manera muy terminante que en ningún caso podrán admitirse al trabajo de noche menores de edad.

Yo he visto, señores, á un niño de ocho años trabajar en un horno de vidrio á ciencia y paciencia del patrono, á ciencia y paciencia del encargado, y lo que es más aún, á ciencia y paciencia de los mismos operarios. Yo he visto á dos que aún no contaban diez años, machacar piedra en mitad de un paseo, yo mismo denuncié el hecho al gobernador, esta autoridad envió á dos individuos de la Junta de Reformas Sociales al sitio donde aquellos niños trabajaban, y al advertir al encargado que debía despedirlos les contestó que no le daba la gana y que ya podían multarle, pues encontraría medios de eludir el pago de la multa.

He aquí, señores, esbozadas, nada más que esbozadas, las causas remotas de las huelgas; haced de cuanto os he dicho hasta el presente un conjunto y hallaréis una explicación clara de los conflictos entre el capital y el trabajo.

Causas próximas

Réstanos ahora ocuparnos de las causas próximas, de las que determinan un rompimiento inmediato de las relaciones entre el patrono y el obrero. Algunas de las causas remotas son también en ciertas ocasiones, causas próximas de huelgas, como por ejemplo la sustitución de hombres por mujeres. Creo que he dicho ya bastante respecto del particular para no tener necesidad de insistir en ello. En 1905 hubo en Barcelona una huelga por este motivo. Los huelguistas fueron 29. No consiguieron su objeto. Lucharon durante una semana al cabo de la cual claudicaron; pero de los 29 solo 12 volvieron á ser admitidos, los 17 restantes quedaron despedidos de la fábrica. Entonces aumentó el número de mujeres, pues á las que habían sido admitidas se agregaron 17 que sustituyeron á los huelguistas despedidos.

Son también causas inmediatas de huelgas, el aumento de horas de jornada, la imposición de multas por faltas en el trabajo, el despido de obreros, el incumplimiento de las leyes, la rebaja de salario, la admisión de obreros no asociados, el incumplimiento de contratos ó bases anteriormente firmados, la petición y no concesión de aumento de salario, la negativa de rebaja de horas de jornada, el no querer los patronos reconocer á las sociedades de resistencia y el oponerse los obreros al trabajo á destajo.

De estas causas unas son hijas de las circunstancias de momento, otras del ambiente que las ha formado. Algunas tienen verdadera justificación. Unas veces son provocadas por los patronos, otras por los obreros. De aquí la denominación de huelgas defensivas y huelgas ofensivas.

Fuera largo y prolijo hablaros de cada una de las causas enumeradas. Si en determinadas ocasiones asiste á los huelguistas un espíritu de justicia, en otras, en cambio, se ve una arbitrariedad manifiesta y estúpida rayana en lo ridículo por lo tiránica. Todas las huelgas se parecen, todas están vaciadas en un mismo molde; pero en cada una de ellas hay algo de filosófico que no existe en las demás.

En un conjunto de huelgas se nota una verdadera monotonía; pero cada una presenta su fase peculiar.

En una palabra, señores, podrá variar el pretexto en cada huelga; pero el origen, la causa primordial, es en todas ellas la misma; es el egoísmo nacido y alimentado en conciencias poco ó nada escrupulosas, es la opresión del de arriba contra el de abajo, es la rebelión del de abajo contra el de arriba, es el eco de un grito proferido hace siglos y más siglos, un grito en virtud del cual se declaró la primera huelga, huelga que todavía dura y durará por toda la eternidad, es el eco, es la repetición del *non serviam* lanzado por Lucifer contra la Majestad de Dios.

HE DICHO.

SEGUNDA CONFERENCIA

Las huelgas.—Sus efectos y sus remedios

EXCMO. É ILLMO. SEÑOR:

SEÑORES:

¿Quién será capaz de apreciar en su justo medio los terribles efectos y las tristes consecuencias producidas por las luchas de que ayer os hablaba? Cuando ocurre una huelga sábese cómo comienza, pero es difícil, imposible á veces, predecir cómo terminará. En todos los casos los resultados son fatales, así en el orden moral, como en el social, como en el económico. Las pérdidas son siempre seguras, siempre reales y verdaderas. Los beneficios no parecen nunca, ni aún por la parte del que consigue la victoria. Las huelgas pueden muy bien compararse á un incendio; sólo destruyen; cuanto devoran las llamas no vuelve á recobrase. De lo que consigue apoderarse la parte victoriosa es, en todo caso, de las ruinas y de las cenizas de la fortaleza derruida.

Es un hecho cierto é innegable que por medio de las huelgas han conseguido los obreros elevar

los salarios; pero no es menos cierto que debido á esta elevación de salarios y á las pérdidas causadas á los patronos con las huelgas se ha encarecido la producción en forma tal que los jornales del obrero vienen á estar muy por debajo del nivel á que antes se hallaban. De lo cual se deduce que los esfuerzos y los sacrificios realizados por los huelguistas no hallan compensación en los beneficios conseguidos, ó lo que es lo mismo, que estos beneficios son más bien ilusorios que reales.

La declaración de una huelga debe meditarse bien antes. Al paro debe irse sólo cuando todas las vías de conciliación han quedado cerradas, cuando los trabajadores no tengan otro recurso ni otras armas con que defenderse.

Los triunfos de las huelgas son raros y si no llevan consigo una justicia evidente apenas dan resultado. Las armas con que luchan patronos y obreros son desiguales. El hambre está siempre contra los últimos. En vano acuden á las sociedades de resistencia. Los fondos, si los hay, son muy escasos y no alcanzan para socorrer á todos los asociados. ¿Dónde está, pues, la resistencia? La resistencia es casi siempre negativa y en todo caso donde se halla es en el estómago del infeliz huelguista que pasa días y días á media ración si es que no llega á haber ayunos completos.

Con las huelgas se destruyen frecuentemente las ventajas adquiridas en largos años de esfuerzos y sacrificios. Muchos obreros lo reconocen

así; pero cuando llega el caso no tienen el valor cívico para oponerse á las decisiones de una minoría y con frecuencia son arrastrados por ella. La finalidad de las huelgas no puede ser, hoy por hoy, más que alarmar hondamente á las clases capitalistas y hacer que estas pidan á los gobiernos un aumento formidable de los medios de fuerza; es decir, levantar á la evolución nuevos y enormes obstáculos.

Pocas son las huelgas que se apoyan en un principio de equidad reflexiva. La mayoría son hijas del orgullo de los que se llaman redentores del pueblo, y que en realidad no son si no vividores á expensas del pueblo y crucificadores del pueblo.

Las reivindicaciones obreras formuladas por los obreros propiamente dichos, son siempre atendibles; pero estas reivindicaciones pedidas en son de guerra, por agitadores de oficio, resultan contraproducentes para el proletariado, y como atacan derechos sagrados, tan sagrados como los de los mismos obreros perjudicados, dan á la causa de estos un aspecto que en nada favorece los fines que honradamente persiguen los que producen y que necesitan vivir, pues al fin el capital de nada serviría y á nada conduciría sin el esfuerzo humano de las clases productoras.

Huelga no significa otra cosa que suspensión de salario para los obreros pasivos que la secundan. Los resultados generales no son otros que beneficio para los agitadores, indiferencia en los

patronos que pueden resistirlas, miseria en los obreros pasivos y ruina en los pequeños industriales.

Cuanto más se abuse de las huelgas, más y más escaseará el trabajo, más y más se encarecerá la vida del obrero, del patrono y de la sociedad en general, y más y más se agravará la cuestión social. Porque ¿de qué le sirve al obrero y á todo el que trabaja, que su jornal, salario ó retribución, valga un 20 ó un 30 por 100 más que antes valía, si lo que compra, consume ó utiliza le cuesta un 30 ó un 40 por 100 más que antes costaba?

Si los obreros y aun los patronos repasaran las estadísticas y las examinaran detenidamente se percatarían mejor de los resultados que producen las huelgas, y tendrían buen cuidado los unos en poner todos los medios posibles para evitarlas y los otros en buscar caminos distintos de los seguidos hasta ahora para alcanzar sus reivindicaciones.

Puede decirse, sin temor á equivocarse, que el número de huelgas que se ganan no llega á una cuarta parte de las que se plantean.

El número de huelgas ocurridas en Inglaterra durante los cinco años de 1899 á 1903 fueron 2.638 y en sólo el 21 por 100 salieron triunfantes los huelguistas.

Durante los mismos cinco años las huelgas planteadas en Alemania alcanzaron á 6.414 y también en sólo el 21 por 100 triunfaron los huelguistas.

De 70 huelgas que hubo en Bélgica en 1903 ocho solamente fueron ganadas por los obreros.

En Francia, durante el expresado año, el tanto por 100 de las huelgas ganadas por los trabajadores alcanzó al 25.

De 147 huelgas ocurridas en la ciudad de Barcelona durante los cuatro años de 1903 á 1906 fueron ganadas por los obreros 26, transigidas otras 26 y perdidas totalmente 95.

Pero para apreciar mejor los resultados de las huelgas conviene que sigamos un plan y que las estudiemos en el orden moral, en el social y en el económico.

Las huelgas en el orden moral

Está bien probado que después de cada huelga, principalmente si resulta fracasada, padece la sociedad obrera de resistencia que la apoyó una desorganización completa de tal manera que á veces se ocasiona el cierre de aquélla. En 1903, año de huelgas en Barcelona, el número de huelguistas ascendió á 52.015, de los cuales 30.355 estaban asociados cuando ocurrieron las huelgas. Al terminar los conflictos los asociados quedaban reducidos á 23.706. Las sociedades de resistencia habían perdido 6.649 puestos.

En 1904 los asociados de los oficios que hicieron huelga eran 8.764, quedando reducidos después de las huelgas á 4.592, lo cual representa para las sociedades obreras una pérdida de 4.172 miembros.

Aparte de esto tenemos la sumisión onerosa de los obreros que, faltos de capital, no pueden luchar por mucho tiempo y han de reanudar el trabajo en iguales ó peores condiciones que antes del paro.

Consíguese también con esta clase de conflictos una desnivelación en el número de obreros del oficio que había en la población donde tuvo lugar la huelga. Unos emigran, otros vienen de fuera á reemplazar á los huelguistas, cuando no son llamados por los mismos patronos. La concurrencia es siempre desastrosa. Y cuando el paro es de importancia y se prolonga por mucho tiempo, suele ir seguido de cierre de talleres y fábricas, y casi siempre implica la despedida de una parte de los obreros que, faltos de pan y de trabajo, se ven obligados á su vez á hacer la competencia á los trabajadores de otros talleres, y á causar ellos mismos la baja de los salarios contra lo cual se habían alzado.

Durante los cuatro últimos años quedaron sin trabajo en Barcelona, á causa de las huelgas, 3.083 obreros, habiéndolo encontrado al fin de ellas 1.268 que no lo tenían; lo cual representa una pérdida para la producción de 1.815 individuos. ¡1.815 familias que quedaron sin pan!

Ahí va un ejemplo de los efectos causados por una huelga ganada, oídlo bien, señores, ganada en toda la línea.

El 22 de Febrero de 1903 los obreros carpinteros de Barcelona y pueblos agregados declararon la huelga á sus patronos por haberse nega-

do estos á acceder á la disminución de una hora diaria de jornada, ó sea que la duración del trabajo diario fuera de ocho horas en vez de nueve.

Los huelguistas fundaban su actitud en que, con la maquinaria moderna en menos tiempo se hace más trabajo, y disminuyendo las horas de jornada podrían encontrar ocupación los 400 obreros del oficio que carecían de ella en Barcelona.

El paro duró hasta el 10 de Mayo que quedó solucionada la huelga bajo unas bases favorables á los obreros.

Según manifestación hecha á últimos de 1903 por los individuos que componían la junta directiva de la sociedad, en aquella fecha estaban ya colocados todos los obreros carpinteros que en Barcelona se encontraban sin trabajo antes del paro. De manera que, según ellos, la huelga había dado los resultados que se propusieron.

Divulgóse la noticia entre los del oficio, publicáronla, sin duda para dar á conocer su triunfo, en el periódico *La Cuña*, órgano de la Federación de obreros carpinteros, se enteraron de ello sus camaradas de provincias, y al cabo de poco tiempo habían caído sobre Barcelona numerosos carpinteros que carecían de trabajo y fueron allí á buscar lo necesario para su subsistencia.

A mediados de 1904 volvía á haber en Barcelona más de 400 obreros carpinteros sin colo-

cación, resultando, por tanto, estériles las fatigas pasadas en 1903 por los huelguistas, muchos de los cuales llegaron á empeñar hasta las sillas, los colchones y aún la misma mesa que en su casa les servían para entregarse al descanso y tomar su frugal alimento.

Pero no paró aquí la cosa. Los efectos de la demanda de trabajo dejáronse sentir todavía más cuando de diferentes puntos de la provincia se ofreció á los contratistas de obras y á diversos patronos de la capital hacerles el trabajo á un precio inferior á la tarifa que regía en Barcelona y mandarles el trabajo hecho por cuenta y riesgo de los remitentes.

No rechazaron los contratistas y patronos de Barcelona semejante ventajosa oferta, y el trabajo disminuyó rápidamente y fueron despedidos de los talleres numerosos operarios.

La crisis dejó sentir bien pronto sus efectos.

En más de 300 casas volvieron á trabajar nueve y hasta más horas, y los jornales, cuyo promedio antes de la huelga era de 3'75 pesetas, no llegaba después, en muchos talleres, á 3'50.

Antes del paro, muchos oficiales carpinteros ganaban hasta 4'50 pesetas diarias; al año y medio difícilmente se encontraba media docena que las cobrasen.

Antes del paro, los que carecían de trabajo eran unos 400; 18 meses después los que no podían atender á sus propias necesidades y por lo tanto á las de sus familias, pasaban de 2.000.

En 1903 se calculaba que había en Barcelona

unos 3.700 obreros carpinteros; á principios de 1905 pasaban de 4.200.

El número de asociados era durante la huelga de 3.000; á últimos de 1904 no llegaba más que á 738.

Aún recuerdo perfectamente la alegría que reinaba en la sociedad de carpinteros el día en que los patronos firmaron con ellos unas bases en las que se consignaba que la jornada de trabajo sería de ocho horas en vez de nueve.

Ante su triunfo, poco significaban las privaciones por ellos y por sus familias sufridas durante la huelga, las 637.000 y pico de pesetas perdidas por jornales dejados de cobrar y gastos hechos por la sociedad durante el paro, todo era poco ante un triunfo que aseguraba el pan á 400 obreros que hacía mucho tiempo carecían de él.

Pero un año y medio fué lo suficiente para colocarlos en situación todavía más apurada que la en que se encontraban antes.

Y no podía ser de otra manera; había de ocurrir forzosamente lo que ocurrió. La huelga aumentó la concurrencia de trabajadores del oficio en Barcelona, y la concurrencia hizo que bajaran los salarios y que faltara á muchos el trabajo.

Estos fueron los efectos producidos por una huelga que se ganó.

Las huelgas en el orden social

Pero las huelgas provocan no solamente la inmigración de obreros hacia las poblaciones donde aquellas se desarrollan, sino también la emigración. Desequilibrado el número de operarios del oficio que hizo el paro con la concurrencia de obreros forasteros, queda, conforme hemos probado con números, un contingente sin trabajo, y este contingente con el deseo que tiene y la necesidad que siente de trabajar se ofrece por cualquier jornal. De donde resulta un perjuicio para los que no han tenido la desgracia de quedarse sin trabajo. Aun éstos sienten un malestar constante y con frecuencia sufren mermas en el salario. Acostumbrados á ganar más no saben acomodarse á las menores entradas, y buscan, con los que carecen de ocupación, la forma y el modo de mejorar su condición, y esto suele ser casi siempre marcharse á tierras lejanas; emigrar.

¡Pobres obreros! ¡Cuántos y cuántos emprenden el camino de la emigración para mejorar su suerte y no consiguen sino aumentar sus privaciones, sus penalidades y sus sufrimientos, marchando al acaso, sin rumbo, entre los pesimismo de la incertidumbre, como enfermos de un fatalismo desesperante y condenados á un destierro sin término! Cuando uno va recopilando datos de una parte y de otra, y halla que durante los tres últimos años han emigrado de

España más de 342.000 personas no puede menos de sentirse agobiado el espíritu. ¡Cuántos de estos pobres emigrantes no volverán á ver el suelo de la patria! Concédales Dios, al menos, que vean la Patria Celestial.

Pero sigamos nuestro camino, estudiemos los efectos de las huelgas en lo que afecta al orden público.

Describamos una de esas huelgas de importancia y hallaremos un sin fin de horrores.

Comienzan los obreros por presentar á sus patronos unas nuevas bases de trabajo, señalando, comunmente, un plazo para la respuesta. Siguen los patronos por hacer caso omiso de aquella petición. Hace la demanda la sociedad de los obreros y no es cuestión de tener tratos con ella. Como si la sociedad obrera no estuviese tan reconocida y autorizada por la ley como la suya.

Los obreros aguardan en vano la contestación de los patronos. Ninguno de estos envía la hoja que ha recibido para que firme la conformidad de las nuevas bases.

En la sociedad de resistencia hay expectación, todo es hacer comentarios, proyectos, planes para la lucha que se avecina, todo es animación, entusiasmo, propósitos firmes y decididos de resistir hasta conseguir su objeto. Cada obrero, en su taller, escudriña, indaga sigilosamente, mira, escucha, su deseo sería sorprender los planes de los patronos, saber sus intenciones, conocer sus propósitos. Todas las noches, después

del trabajo, llegan noticias á la sociedad. La casa tal no firmará las bases, aquélla las firmará si las firman los otros, la de más allá se muestra indecisa. Oficialmente nada han dicho los patronos. Durante la cena hablan á sus esposas de la próxima huelga.

Es necesario hacer un esfuerzo, todos los compañeros del oficio nos ayudarán. Dentro de ocho, dentro de quince días no trabajaremos más que ocho horas y cobraremos 50 céntimos más por jornal. El triunfo es seguro, los patronos se hallan divididos y nosotros formamos una piña, estamos unidos como no lo habíamos estado nunca. Los compañeros que no están asociados vendrán á la sociedad y se inscribirán, todos están conformes, están á nuestro lado, también ellos participarán de las ventajas.

La mujer hace varias reflexiones á su esposo, le recuerda huelgas pasadas en las que el triunfo también era seguro, y sin embargo tuvieron que sucumbir á las exigencias de los burgueses que les habian de aumentar el jornal, y no obstante para poder comer tuvieron que empeñar esto ó aquello que aún continúa en la Caja de préstamos, le advierte que esos *políticos* les engañan y le dice que antes de dar el paso mire bien como lo da.

Nada hace mella en el ánimo del obrero. Las otras veces no había la unión que hay ahora. Además, el acuerdo de la sociedad es firme, decidido, y no es cuestión de sentar plaza de cobarde ó de traidor.

Llega, en tanto, la fecha en que expira el plazo fijado por la sociedad. La noche anterior al día en que debe comenzar la huelga se reúnen en grandioso mitin, llevan la voz cantante varios *oradores*. Se clama y se despotrica contra la burguesía, allí salen á relucir todas las opresiones y tiranías habidas y por haber, todos los sacrificios de la clase obrera. A lo mejor el que usa de la palabra es un individuo que pertenece á un oficio distinto del que declara la huelga. Lo hace por espíritu de *sacrificio*.

El presidente hace el resumen de los discursos, repite lo de las opresiones é iniquidades de la clase burguesa, pronuncia algunas palabras y frases que estén de moda, sin olvidar lo del pacto del hambre, y pregunta: ¿Estáis conformes en declarar la huelga general del oficio en vista de que los patronos no han firmado las bases que les presentó la sociedad? ¿Estáis dispuestos á morir de hambre antes que volver al trabajo en las mismas condiciones en que hasta ahora habéis trabajado? A cada una de estas preguntas contestan los reunidos con un sí unánime, prolongado y entusiasta que resuena por el ámbito de la sala ó del teatro que ocupan. La huelga queda planteada desde aquel momento.

Al día siguiente los patronos, aun sabiendo el acuerdo adoptado la noche anterior, abren sus talleres; mas en vano. Los obreros no se presentan. Asociados y no asociados cumplen el acuerdo rigurosamente.

La policía ha recibido órdenes y se sitúa por

las inmediaciones de las fábricas y talleres para impedir las coacciones. La sociedad de resistencia ha formado también sus rondas, y vigila para que nadie acuda al trabajo. No hay peligro. Aquel día, aquella semana aún hay dinero, aún hay que comer. El paro puede sostenerse fácilmente.

La sociedad de resistencia vese cada día muy concurrida, cámbianse impresiones, los mitines son á diario, el entusiasmo es grande como son grandes las esperanzas de obtener el triunfo.

Pasa la primera semana, la sociedad hace uso de los fondos de la caja, si los tiene; socorre con un tanto á los huelguistas asociados; con ello se sostiene otra semana. En tanto, los no asociados, compran al fiado ó empeñan parte de su modesto ajuar.

La huelga se prolonga, los patronos no ceden. La sociedad de resistencia ha agotado los fondos, abre una suscripción ó gestiona un empréstito con otras sociedades de su clase, se recurre al crédito de algunas cooperativas, con ello pueden ir socorriendo algunos días más á los asociados. Los que no están asociados siguen empeñando las sillas, la cama y hasta los colchones. En la tienda ya no les quieren vender más al fiado. Comienza el mal humor y el desaliento en las familias. La mujer recrimina al marido por haberse dejado engañar, ya no hay pan en casa, ni sitio donde ir á buscarlo porque no lo fían, los pequeñuelos tienen hambre y los pequeñuelos no saben, no entienden de esas filosofías de

huelgas ni de sociedades. Lloran y el padre y la madre les acarician é intentan acallarlos con un beso. ¡Qué ingrata es la humanidad hasta para consigo misma!

La huelga dura aún. Se han practicado algunas gestiones pero no ha podido llegarse á un arreglo. Ni los asociados ni los no asociados tienen ya qué comer ni qué empeñar. Aquel entusiasmo se ha ido debilitando, los ánimos van decayendo, la continuación de la huelga se hace costosa, los ayunos son ya completos. Los más revoltosos, los agitadores, lo notan en seguida, convocan otro mitin que no es tan concurrido, ni mucho menos, como el primero.

Compañeros: Ahora más que nunca es cuestión de resistir y de demostrar la solidaridad y la fraternidad que une á todos los obreros contra la explotación del hombre por el hombre, ahora más que nunca es cuestión de demostrar á esos canallas que se llaman burgueses que nos han declarado el pacto del hambre y que quieren hacernos sucumbir por la miseria, que estamos dispuestos á morir antes que rendirnos y entregarnos á ellos. Compañeros: no os desalentéis; son ya bastantes los burgueses que quieren firmar las bases que les hemos presentado, pronto serán todos los que sucumbirán y vendrán á darnos explicaciones. ¿Estáis dispuestos á seguir la huelga hasta vencer? (Una docena, dos á lo más de voces semiapagadas): Sí... Salud, pues, y revolución social.

El resto de la concurrencia, que forma la

gran mayoría y que no está conforme en que el paro siga, permanece callada y se deja arrastrar por una pequeña minoría.

El paro continúa. Los huelguistas recorren las calles en grupos al frente de los cuales va un núcleo escogido de «bravos» que vigilan para que el paro sea completo.

Los patronos llaman á obreros forasteros.

Algunos huelguistas no pueden resistir ya por más tiempo y se deciden á presentarse al taller. Entonces comienzan las coacciones. Aquel obrero que por sí tal vez no acudiría al trabajo y que lo hace, sin duda, por el espectáculo que presenta su casa, en la cual hace días que no se ha encendido la cocina, ni la esposa ni los niños han probado bocado de pan, aquel obrero es bárbaramente apaleado, herido, asesinado tal vez. En 1903 fueron cinco los obreros que murieron en Barcelona de heridas recibidas por los huelguistas. Uno de estos infelices, al acuchillarle sus *compañeros*, exclamaba: «Piedad para mi madre, para ella quiero el pan, no para mí». Súpose después que su madre contaba 79 años y que el único sostén que tenía era su hijo.

Ved, pues, como los que no quieren barreras de localidad ni nacionalidad, los que quieren la fraternidad universal, los que proclaman que la patria es todo el mundo, los que hablan de progreso y de libertad, niegan ahora esa libertad y esa fraternidad y no parece sino que se embriagan á la vista de sangre humana y que entien-

den la libertad sólo en el sentido de que á ellos se les deje amplia y plena facultad de insultar, arremeter, herir y si cabe asesinar.

Verdad que los que así obran representan una ínfima minoría enfrente á la gran masa organizada; pero ínterin es esta insignificante minoría la que se aprovecha en algunos dados momentos psíquicos de la muchedumbre para imponer su voluntad y abandonarse á las más torpes ferocidades de los revolucionarios y terroristas.

Y es que atendido el estado de las cosas, no hay ni puede haber coalición sin coacción. Con la absoluta libertad del trabajo, pudiendo el obrero á todas horas y sin más requisito que su aptitud dedicarse á cualquiera de sus ramos, y siendo cada día más fácil obtenerla por el progresivo desarrollo de la mecánica y de la creciente importancia de la habilidad y atención, aparte del sobrante de brazos que hay en cada industria, resulta que al abandonar el taller una tanda de trabajadores, se presenta luego otra para reemplazarla y llenar el hueco, dejando así frustrado el objeto de la sociedad de resistencia, si los que la forman no cuidan de alejar de los talleres abandonados á cuantos puedan substituirles.

Esta es la razón por la que, hágase lo que se quiera, pública ó secreta, siempre habrá violencia en toda coalición de obreros; porque una vez llegadas las cosas al extremo, en el ardor de la lucha, cuando el obrero ha convertido la

huelga en cuestión de vida ó muerte, no se para en escrúpulos y emplea cuantas armas le presta la desesperación. Mas á pesar de estos atropellos, de esas venganzas terribles, después de tantos quebrantos é iniquidades, la situación del obrero, lejos de mejorar empeora y la industria queda lastimada y abatida.

Las coaliciones de los obreros provocan las coaliciones de los patronos; á la huelga impuesta por aquéllos, responde la huelga impuesta por éstos; y mientras los obreros por un lado fuerzan á sus compañeros á la huelga para reducir á los amos, éstos, á su vez, pisando las leyes de la justicia, condenando, tal vez, la inocencia, despiden de sus establecimientos á los que se mantienen pacíficos, arrojando sobre el campo enemigo esa masa de obreros para estrecharlo y rendirlo más pronto por medio del hambre.

Hasta el presente ningún fruto saludable se ha cosechado de las coaliciones y sí enormes pérdidas de riqueza, alejar cada día más unas clases de otras, colmar de ira los corazones y hacer que rebosen en torrentes de furor y de venganza.

Mas, sigamos el curso de la huelga.

Como aumenta el número de los que cansados y hastiados del paro y extenuados por los ayunos vuelven al trabajo, las coacciones se reproducen. La policía es impotente para dominar el motín, sale la guardia civil, lánzase la tropa á la calle si es preciso, y entonces ¡ah! entonces la fuerza se sobrepone al derecho, y el obrero in-

defenso es ametrallado en nombre del orden y de la patria. No esperéis que los que caen bajo el plomo de los fusiles sean los cabezas de motín, no; buen cuidado tienen estos de escurrirse y de esconderse. Y en apoyo de mi aserto puedo citaros el caso de que cuando en Febrero de 1902 plantease en Barcelona la huelga general, los huelguistas fueron dueños en absoluto de la población desde el amanecer hasta después de las once de la mañana, pues no había autoridad alguna que las refrenase, y sin embargo fueron rarísimos los desmanes que aquellos cometieron. ¿Sabéis por qué? Porque de los organizadores de ella, de los cabezas de motín, unos habían salido de Barcelona, y los otros se habían escondido quedando á la expectativa; habían visto que aquel movimiento era grande, y en lo primero que pensaron fué en poner á salvo su pellejo.

Pero sigamos, que la huelga que hemos comenzado aún dura. La población está intranquila ante la vista de la fuerza pública que patrulla. Los patronos han hecho algunas concesiones que la sociedad de resistencia *por dignidad* no puede aceptar, los huelguistas pasivos, los que han hecho huelga no por convicción sino porque se les ha impuesto, vuelven al trabajo, á aquellos siguen otros hasta que llega la desbandada.

Es necesario convocar otro mitin y justificar la retirada; «Compañeros: ha llegado el momento de decidir de la suerte de esta huelga. Todos os habéis portado como héroes, pero los bur-

gueses que nos declararon el pacto del hambre nos han sitiado y los inconscientes que nos han hecho traición (estas frases no puecen faltar nunca) nos han conducido á la derrota. No por esto nos damos por vencidos. Nos retiramos en retirada honrosa, y conste que nos aprestamos para nueva lucha. En vista de esto ¿acordáis que cese la huelga y que volvamos todos al trabajo? (Todos á coro): Sí...»

La huelga queda terminada. El Capital ha obtenido sobre el Trabajo un nuevo triunfo. Una vez más ha quedado demostrada la ineficacia de las huelgas para lograr mejoras en la forma de trabajo.

La huelga ha terminado, he dicho, señores. Sí, la huelga ha terminado; pero no han terminado aquí sus efectos, los resultados no han sido sólo los del orden moral y los del orden social que habéis tenido ocasión de apreciar en el transcurso de la huelga que os he descrito.

Una huelga es como una enfermedad grave, que aunque de ella se cure siempre deja resabios.

Pongamos por caso que todos los obreros vuelven á ser admitidos en sus respectivos talleres. Poco á poco, los patronos, aprovechando una falta en el trabajo, ó por cualquier otro pretexto van despidiendo á los más discolos y exaltados, no siendo extraño tampoco que pague también las consecuencias algún operario que antes gozaba de la confianza de la casa.

Los patronos han triunfado; pero los patronos también han tenido pérdidas. Cuando de una

huelga se triunfa no debiera decirse que se ha ganado sino que se ha perdido menos.

Los patronos han triunfado; pero ¿sabéis cuál ha sido el triunfo de los patronos? Por de pronto el tiempo perdido que jamás volverá á recobrase; la merma en las ganancias por el trabajo que han dejado de hacer; los clientes ó el mercado que tal vez han perdido por no haberlos podido servir; el deterioro de la mercancía, según sea la clase de industria afectada por la huelga; los gastos generales de contribución, alquiler, manutención, etc., que no hay quien se los perdone, y, con frecuencia, una reducción de la producción. En esto ha consistido el triunfo de los patronos, triunfo que también alcanza al obrero, porque á menor producción menos brazos ocupados y por consiguiente mayor demanda de trabajo, lo cual se traduce en una baja en los salarios.

Para ganar una huelga, como para perderla, se necesita mucho dinero.

Las huelgas en el orden económico

En 1901 una huelga de 32 días sostenida por los obreros mineros del departamento del Norte y del Paso de Calais costó á los obreros y á los patronos 27.000.000 de francos.

Las pérdidas ocasionadas por la huelga ocurrida en el puerto de Marsella, en Septiembre y Octubre de 1904, calculáronse en 10.580.000 francos.

Las pérdidas calculadas por las huelgas ocurridas en la capital de Barcelona desde primeros de 1902 á fines de 1906 (incluyendo, por consiguiente, la huelga general), se hacen ascender á 50 millones de pesetas, sin contar el importe de los jornales dejados de cobrar por los obreros.

Y así podríamos ir siguiendo analizando huelgas y veríamos millones y más millones perdidos miserablemente en luchas fratricidas.

¿Pero sabéis, señores, dónde se notan los efectos de las huelgas, con tanta precisión como señala el sismógrafo durante los terremotos la dirección de las oscilaciones? Pues en las Cajas de Ahorros y en las Cajas de Préstamos. Son éstas unas balanzas que no fallan, son, como digo, verdaderos aparatos de precisión; cuando un platillo sube, forzosamente baja el otro; cuando las Cajas de Préstamos se llenan, van saliendo los caudales de las Cajas de Ahorro.

De que las huelgas están en razón inversa con las operaciones de las Cajas de Ahorros nos darán una idea los siguientes datos: En 31 de Diciembre de 1899 el número de imponentes en la Caja de Ahorros de Barcelona, era de 10.701. En 31 de Diciembre de 1900, era de 12.731; es decir, en un año de paz aumentaron en 2.030. Llega el año 1901, año en que las sociedades obreras hicieron gran propaganda societaria, y se organizaron aprestándose para las huelgas de 1902, y el número de imponentes, lejos de aumentar, disminuyó en 306. Era que las cajas de resistencia iban aprovisionándose para la

serie de batallas que habían de librar al año siguiente. Llega el año de 1902 y el número de imponentes que retiró todos sus fondos aumentó, con relación al año anterior, en 974, decreciendo al año siguiente en que también decrecieron las huelgas.

De la misma manera podríamos ver cómo el movimiento de las Cajas de préstamos aumenta durante las semanas y los meses en que tienen lugar aquella clase de conflictos.

Pero las huelgas determinan también una pérdida de producción, que siempre se traduce por su encarecimiento general, cuyas consecuencias sufren todos.

Los estados de las Aduanas podrían igualmente darnos clara idea de cómo los productos extranjeros acuden á suplir la falta de los nacionales, al par que las corrientes de exportación amenguan, á veces con daño irreparable, en las poblaciones en las cuales las huelgas se desarrollan.

Vamos á ver algunos casos notables: La importancia adquirida por los Estados Unidos con el algodón puede decirse que nació á raíz de una huelga habida en Inglaterra. Los patronos de los talleres manufactureros de algodón del Lancashire rebajaron en 1878 el 10 por 100 de los salarios á los obreros, y no conformándose éstos se declararon en huelga, huelga que duró nada menos que año y medio. Aprovecháronse de ello los Estados Unidos y de importadores que eran de 227.000.000 de yardas de algodón

inglés, llegaron en poco tiempo á ser exportadores por valor de 75.000.000 de francos.

En 1882 declaráronse en huelga los obreros tallistas en muebles de París. Alemania que en los nueve primeros meses de 1881 había adquirido de la capital francesa muebles por valor de 1.041.000 francos, no adquirió en los nueve primeros meses de 1882 más que por valor de 360.118. Las adquisiciones de Bélgica que el año anterior habían sido por valor de 2.400.000 francos, no alcanzaron en 1882 más que á 445.000.

Recuerdo haber leído que en cierta ocasión declaráronse en huelga los oficiales sombrereros de París y que rechazaron todas las proposiciones que les hicieron los patronos, prefiriendo pasearse y vivir del socorro que les repartía la sociedad que tenían formada. Pasáronse así algunas semanas, y habiendo observado los huelguistas que los elegantes de París llevaban sombreros nuevos que ellos no habían fabricado, y que las tiendas estaban provistas como si ellos trabajaran, trataron de averiguar el misterio y supieron que aprovechando los sombrereros ingleses esta huelga, que ellos mismos habían promovido, enviaron á París millares de sombreros ingleses por valor de una suma respetable. Los amos, que habían visto rechazadas las proposiciones de parte de sus operarios, aceptaron el envío de Inglaterra, y los oficiales sombrereros hubieron de reconocer que la especulación inglesa había sido el origen de su huelga ó que al menos la había explotado, que habían

perdido muchos jornales y cuantiosos ahorros, y que no les quedaba otro remedio que pedir por favor á sus patronos les admitieran con las mismas condiciones anteriores.

En las cuentas corrientes de los Bancos es donde podríamos estudiar también como, á consecuencia de las huelgas, el capital se retrae, permaneciendo inactivo y constituyendo, por consiguiente, una riqueza estancada que á nadie aprovecha.

Un detalle de esto es el siguiente: El 22 de Junio de 1903 declaráronse en huelga los obreros albañiles de Barcelona, huelga que duró hasta el 16 de Agosto, produciendo graves perturbaciones y alteraciones de orden público. Los permisos para edificar que se habían solicitado del Ayuntamiento desde el 30 de Junio al 30 de Septiembre del año anterior eran 595, y los solicitados en igual fecha de 1903, en que ocurrió la huelga, no llegaron más que á 467. La diferencia era, pues, de 128 menos.

Fueron también muchas, durante la segunda de las expresadas épocas, las familias acomodadas que, buscando la tranquilidad, se ausentaron de Barcelona, yendo á fijar su residencia en los pueblos de la provincia ó fuera de ella.

Además, el número de albañiles que tenían trabajo en la capital de Cataluña en 1903 pasaba de 15.000. Dos años después, en 1905, á raíz de la crisis que aquellas revueltas produjeron en el ramo de construcción, no se dió ocupación más que á 1.364 oficiales, 1.603 peones y 142 apren-

dices; ó sea un total de 3.109 obreros. La diferencia es grande, pues resultan 11.000 y pico de obreros que perdieron el pan cotidiano, por querer cobrar 50 céntimos más por jornal.

Durante el año pasado aún fué menor el número de albañiles que trabajaron en Barcelona, pues no llegó más que á 2.917. Los jornales devengados durante el mismo año de 1906, por todos los obreros albañiles que en dicha capital trabajaron, ascendieron á 2.888.000 pesetas, mientras que en sólo 45 días de huelga que tuvieron en 1903 las pérdidas por jornales dejados de cobrar llegaron á 1.620.000 pesetas. Es decir que en 1903 devengaron más en tres meses que en 1906 durante todo el año.

Esto, señores, no es filosofía abstracta; esto es matemática pura. Las leyes naturales de la Economía son inflexibles. Necesaria, forzosamente, en una nación en la cual se abuse de las huelgas se llegará al empobrecimiento general, disminuirá la demanda y aumentará la oferta de trabajo, la producción sufrirá una baja y un encarecimiento, aumentará la importación de productos al par que disminuirá la exportación, se saldarán las cuentas con déficit comercial internacional producido por el cambio, disminuirán el tráfico, la circulación monetaria y fiduciaria y los recursos del Estado, se encarecerán las obligaciones del individuo, de la familia y de la nación, se producirá un malestar general, y el hambre y la miseria dejarán sentir sus horrorosos efectos.

De intento he dejado de hablar acerca de la legitimidad de las huelgas. Esta está reconocida por las leyes y la doctrina católica no es opuesta á esta clase de coaligaciones. La defensa, tanto de los intereses morales como de los materiales, es siempre legítima y justa. Por consiguiente, al apuntar los horrores de las huelgas no quiero significar que sean injustas ni mucho menos pretendo probar su ilegitimidad.

La legitimidad de las huelgas la doy ya por sentada cuando digo que «al paro debe irse sólo cuando todas las vías de conciliación han quedado cerradas, cuando los trabajadores no tengan otro recurso ni otras armas con qué defenderse». Además, lo que causa los estragos que describo no es propiamente el uso de las huelgas, sino el abuso que de ellas ha llegado á hacerse y sobre todo la falta de una buena dirección en las mismas.

Y que la doctrina católica no es opuesta á esta clase de luchas lo prueba el que en determinadas ocasiones sacerdotes y hasta obispos han apoyado á los obreros en sus legítimas tentativas de reivindicación. Entre otros casos recuerdo el de que el arzobispo de Westfalia (Alemania) hace unos tres años apoyó una huelga de mineros no sólo en el terreno moral sino también en el material y pecuniario, entregando á los huelguistas algunas cantidades para que pudieran sostenerse y resistir, y haciendo gestiones personales para que los obreros, ya que reclamaban una cosa justa y equitativa, salie-

ran triunfantes en sus legítimas aspiraciones. Y como éste podría citar otros casos no sólo de Alemania sino también de otros países y aún de España mismo.

Conste, pues, que reconozco la legitimidad de las huelgas y que ellas, en determinados casos, son justificadísimas; pero mantengo mi criterio de que el abusar de las mismas, es decir, declarar una huelga por motivos fútiles es contraproducente, y que es mil veces preferible solventar las diferencias en el terreno de la amistad y de la concordia que en el de la violencia.

Elijan patronos y obreros entre una y otra cosa lo que más les plazca; yo siempre tendré la conciencia tranquila no sólo por haber expuesto los hechos con la más absoluta imparcialidad en el transcurso de mis conferencias, sino también por ser consejos de amigo los que doy inspirados en el terreno de la realidad de cuanto acontece en el desarrollo de las huelgas.

Remedios

Estudiadas las causas y conocidos los efectos de la llamada cuestión social, réstanos examinar los remedios que deben aplicarse para curar ese cáncer roedor de la tranquilidad del individuo, de la familia, de los pueblos y de las naciones.

Desde luego he de decir con el Padre Van Tricht que «la salvación del obrero y del pobre, »lo mismo que del rico y el patrono, se halla por

»completo en la aceptación práctica de la ley
»religiosa».

Todo lo que haga para buscar solución á este espantoso problema será inútil si no es con el Evangelio en la mano y siguiendo la doctrina de Cristo. Todo lo que hagan los economistas y los hombres de Estado será en vano, y andarán continuamente en tinieblas y divagando de una parte á otra si no les precede y les alumbra la antorcha luminosa de la Fe, si no se inspiran en los Libros Santos donde resplandece la Verdad por excelencia. *Ego sum Veritas*: Yo soy la Verdad, dijo Jesús, y antes pasarán el cielo y la tierra que dejará de cumplirse su palabra.

En el fondo de la cuestión social se echa de ver, desde luego, una falta grande de justicia, y sobre todo una carencia casi absoluta de moralidad.

El obrero ha subido penosamente su calvario, las espinas del camino están teñidas con su sangre, se ha puesto en sus labios el cáliz de la amargura. Hora es ya de poner término á esta dolorosa prueba, hora es ya de que se restituya al *paria* de nuestra civilización moderna su parte de herencia. Lo que pide es justicia; no se le deniegue si no se quiere que mañana ejerza venganza. Hay un medio infalible de evitar las revoluciones: estudiar las causas que las provocan y apresurarse á satisfacer los intereses legítimos que pudieran favorecerlas.

Mientras haya obreros que, aun en tiempo de trabajo, padezcan hambre y la vean padecer á

su esposa y á sus hijos, y patronos que derrochen, mientras haya duros trabajos de todo el día pagados con un jornal irrisorio, mientras haya obreros heridos, estropeados al trabajar en la mina ó en la fábrica y luego arrojados fuera como ya inútiles, mientras haya contratos injustamente violados, mientras haya medidas de trabajo arbitrarias, mientras haya trabajo desechado, rehusando pagar su precio al obrero, y luego, á pesar de ello, entregado al comercio sacando de él utilidad el patrono, mientras haya barracas y cantinas á las que por fuerza tengan que acudir los infelices trabajadores y en que el patrono ó el contratista venga á quedarse con todo el jornal del obrero, y aun á convertirse en usurario acreedor suyo, vendiéndole al fiado y á precio exorbitante comestibles y mercancías adulteradas, que le cobrará rigurosamente antes de entregarle el fruto de su sudor, mientras haya mujeres llamadas al trabajo propio del hombre porque á ellas se las paga menos, mientras haya niños admitidos al trabajo á los diez y aun á los ocho años, mientras todo esto exista, desengaños, señores, habrá guerra, habrá lucha social, habrá huelgas, habrá revolución, habrá anarquía, faltará la paz, la tranquilidad y el sosiego.

Pero falta también, además de justicia, espíritu de moralidad. La educación moral es la base de la felicidad, así para los individuos como para las sociedades. Sin ella no hay sociedad posible.

Mas para que la moralidad surta sus efectos entre los proletarios, es necesario que de ella se empapen los industriales. Alguien ha dicho que no es culpa de los patronos sino del mismo orden de cosas ó de la marcha industrial el que la desmoralización destruya las masas. Recordad lo que os decía al hablar de las causas: El mal viene desde arriba. La humedad no sale de la tierra ni de las piedras, como cree buena parte del vulgo; cae de lo alto. ¿Es culpa del patrono ó del mismo orden de cosas, que trabajen reunidos los jóvenes de ambos sexos, cuando sin ningún perjuicio podrían separarse? ¿Es la fuerza de las cosas el permitir la circulación de pinturas obscenas, el oír, sin castigarlas, palabras indecentes y blasfemias horrorosas, ver, sin reprimirlos, ademanes deshonestos?

No será, seguramente, esta la causa cuando algunos fabricantes (tengo mucha satisfacción al decirlo) han logrado prevenir en parte las consecuencias del libertinaje y del mal ejemplo, proscribiendo de sus fábricas las palabras torpes y las escenas de desmoralización; cuando han hecho entender á sus operarios las ventajas de la previsión y les han alentado y hasta ayudado en la imposición semanal de una pequeña cantidad en la Caja de Ahorros; cuando les han patentizado la necesidad de instruir y educar bien á sus hijos; cuando les han alentado en un trabajo penoso, añadiéndoles una pequeña prima, en pago del cuidado y esmero con que han procurado perfeccionar la obra.

Con semejantes medios y la solicitud manifestada á favor de la esposa enferma ó del padre valetudinario, han logrado atraerse á sus obreros, desterrar de su corazón sentimientos aviesos, inspirarles amor al orden, á la economía, al trabajo, y que éste quedase más perfeccionado por su laboriosidad.

Por fortuna hay todavía fabricantes que lo han entendido así y han procurado inculcar á sus obreros sentimientos de probidad y hasta prácticas de devoción que conservan más lozanos y fecundos los sentimientos religiosos, que forman el bienestar y la felicidad de dichos operarios. Uno de estos patronos, en el número de cuyos amigos me honro en pertenecer, recoge los frutos de tan noble procedimiento.

Si tan hermoso proceder fuese imitado por todos los fabricantes y mayordomos, la sociedad no tendría que presenciar esas crisis amenazadoras, esas luchas sordas y continuas entre amos y trabajadores, crisis y luchas que un día pueden ser funestas á cuantos las promueven y á cuantos las consienten ó alientan con su conducta.

Es necesario, pues, conocer y practicar la moralidad, conocer y practicar perfectamente las obligaciones individuales, como las que nos ligan con la familia y las que nos unen con la patria.

Mucho interesa que se arraiguen de nuevo las creencias religiosas y sus saludables prácticas, y que se haga sentir á las clases directoras

que no pueden abusar ni oprimir á las clases proletarias, y á las clases proletarias que la religión cristiana es precisamente la que tiende á mejorar su suerte y aliviar sus males; que ella es la que más alto proclama la acción de la beneficencia y la que, por otra parte, les impone la resignación, la paciencia y la virtud, en su humilde estado.

Necesaria é importante es la enseñanza de la moral en estos tiempos en que las tendencias del materialismo penetran en todas partes; en que el egoísmo, las propias satisfacciones y una ambición descomedida quisiera arrollarlo todo; en estos tiempos, en fin, en que se han excitado tantos odios de unas clases contra otras y en que se han propalado tantos errores económico-sociales.

Pero esa moral no ha de buscarse, hoy por hoy, sino por medios indirectos; es decir, no se ha de imponer á los obreros esta moral para arreglar la cuestión social, sino que con la pacificación social, esa moral se impondrá por sí sola.

Por otra parte, la falta de la debida ilustración no deja ver muchas veces la solidaridad que existe entre la fortuna de cuantos forman la clase productora; y la ignorancia, que ofusca muchos entendimientos, no permite concebir que bien pueden hermanarse los intereses generales de todos, sin menoscabo del provecho de cada uno.

Si conociese el fabricante la Economía industrial, no andaría como al azar, perdido en el

campo inmenso de la especulación; y previendo los siniestros que aguardan al que sin tino se lanza hacia lo desconocido, sentaría el pie con firme seguridad y no se dejaría tentar por lucros seductivos y pasajeros, que se han de convertir luego en mermas y en pérdidas irreparables. Si estudiara los rudimentos de la Mecánica, no se dejaría arrastrar por las sugerencias del empirismo ni abusaría de la potencia de sus máquinas, evitando así los desastres frecuentes de que son víctimas sus desgraciados obreros.

Si tuviera nociones de las ciencias físico-químicas, no los expondría á la acción deletérea de gases mefíticos, no los hacinaría en estrechas é insalubres estancias; y sabiendo los estragos que origina un trabajo prolangado, sería más parco en el uso de las fuerzas de sus trabajadores.

Finalmente, si estuviese muy imbuído y empapado en la moral de la industria, cuidaría de armonizar los preceptos de la religión con el ejercicio del trabajo, y jamás sacrificaría los intereses más sagrados del hombre al mayor acrecentamiento de su fortuna.

Si la clase obrera, á su vez, bebiese la ciencia en buenas fuentes y se instruyese en sanos libros adquiriría gran realce; pero desde que se halla fascinada por una literatura perversa y corruptora, delira su imaginación en ilusiones y sueños extravagantes, que reemplazan al conocimiento cierto de su posición y á la esperanza legítima de su dicha.

Mas si estos son los principios fundamentales en que debieran inspirarse patronos y obreros para su mutuo respeto y tranquilidad, hay también otros medios que conviene tener en cuenta.

Los patronos, por su parte, deberían restituir la mujer al hogar, con lo cual se lograría, en gran modo, restaurar la familia, ó por lo menos hacer que las mujeres de la familia del patrono se pusieran en relación directa con las de los obreros, premiando las virtudes y corrigiendo los vicios y los defectos.

Requíérese también mucho cuidado en la elección de mayordomos ó encargados, y aún mejor, á ser posible, deben dirigir los mismos patronos los trabajos de sus fábricas, ó por lo menos intervenir directamente con los obreros. «Conveniente es, dice Périn en su obra *El Patrono*, que
»los propietarios y los patronos se mezclen con
»ellos; que residan menos en sus salones y visiten más las fábricas y talleres; que contemplen
»con sus propios ojos á esos valerosos hijos del
»pueblo, cubiertos con el sudor del trabajo, cumpliendo por la pena de cada día y de cada
»hora, con el gozo íntimo del deber, noblemente
»aceptado, la expiación, con que la justicia divina ha cargado la humanidad; que mediten
»sobre la fortaleza del alma, la resignación, la
»fecunda y tranquila paciencia, que nos enseñan con el ejemplo los hombres del trabajo en
»sus luchas de todos los momentos con las más
»rudas penas de la vida moral y material. En
»presencia de semejante espectáculo, bajo el im-

»perio de esas vivas lecciones, aquellos á quie-
»nes no han alcanzado á persuadir las teorías de
»los moralistas, ni las exhortaciones de los pre-
»dicadores, comprenderán que la vida legítima
»y sana no puede consistir en la desenfrenada
»persecución de las ganancias, ni en la sabia
»acumulación de placeres sin cesar variados;
»que no bastan para llenarla honestamente la
»bolsa, ni el café, ni el baile, ni el *sport*; que
»para ser digna debe estar seriamente ocupada;
»que la grandeza verdadera, la sana y real su-
»perioridad social tiene su fuente en el trabajo;
»que allí donde es una necesidad el trabajo ma-
»terial, se impone el de la caridad; que para
»todos, en todos los grados de la existencia so-
»cial, hay necesidad de aceptar esta dura, pero
»fecunda ley de la vida difícil, cuyo yugo pesa
»sobre la humanidad desde que la justicia divi-
»na le cerró las puertas del Edén; que la divi-
»sión de los individuos, que componen una mis-
»ma sociedad, en clases que gozan y en clases
»que trabajan, es contraria á la naturaleza, y
»que tarde ó temprano cuando es menospreciada
»la naturaleza, sabe ésta por medio de algún
»sacudimiento radical, recobrar su equilibrio y
»devolver todas las cosas á su orden regular».

Acercándose unos y otros aprenderían á co-
nocerse y á amarse; puestos en contacto, esta-
bleciendo relaciones de sincera y noble amistad,
comunicándose sus observaciones, se advertiría
lo nocivo de muchas prácticas; rectificándose
las ideas, nivelándose los conocimientos de to-

dos, se establecerían costumbres industriales y mercantiles que vendrían á ser ley inviolable, pauta regular y constante en el ejercicio del arte y manejo de la industria. De esta manera los dos factores de la producción se harían cargo mejor de su especial cometido y de los deberes en que les empeña su respectiva posición.

Abracen los hombres, que disponen de la influencia y de la riqueza, esas verdades, antes de todos conocidas y hoy casi borradas de los espíritus por las preocupaciones utilitarias; reformen su vida pública y privada bajo la dirección de la Iglesia, depositaria de toda gracia y de toda justicia, y no será necesario un tiempo muy largo para que las clases alcancen su reconciliación y sea vencido el individualismo.

Descendamos ahora un poco más al terreno material y hablemos del salario. El capital y el salario están íntimamente unidos; cada uno de ellos de por sí tiene sus relaciones con el orden general de la sociedad. El salario debe ser suficiente para sufragar, cuando menos, los gastos indispensables al obrero; el capital, como sobrante del consumo, debe venir en ayuda del salario; y antes que acumularse ha de suplir con el excedente de su haber la insuficiencia de la remuneración del trabajo, debe mantener el salario á la altura que le corresponda. De otra suerte el lucro que representa es usurario.

Esta relación de la ley de la industria con la ley general de la sociedad, se ha alterado más y más de día en día. El capital y el trabajo

tienden á obrar fuera del orden moral, á obedecer siempre menos á la fuerza reguladora de la justicia, y de aquí la perturbación, efecto del predominio de su ley particular sobre la primordial de la sociedad.

Ahora bien; es natural y evidente que el alza y baja de los salarios produciría una perturbación en la industria y que los mismos obreros no sabrían acomodarse á ganar, por ejemplo, cuatro pesetas después de haber estado una temporada ganando cinco. Hay quien ha propuesto, para solventar estas dificultades, el reparto de los beneficios, fundándose en que cada fábrica y cada taller vienen á constituir una sociedad comanditaria en la que el patrono pone el capital y los obreros el trabajo. No creemos que esto sea práctico, toda vez que tendríamos los mismos inconvenientes que antes hemos apuntado. Produciría una perturbación en cada fábrica y en cada taller, llegando á constituir una verdadera anarquía, pues, como fuera natural, cada obrero querría y tendría derecho á intervenir en los libros de caja. Pero esto podría muy bien solventarse destinando un tanto por ciento de los beneficios anuales para los obreros, repartiéndoselo bien por partes iguales, bien á prorrata, según los méritos, el comportamiento y la capacidad de cada uno.

Esto amenguaría en gran parte las huelgas porque el obrero sabría que disminuyendo las horas de jornada y, por consiguiente, la producción, los beneficios que reportaría al cabo del

año serían menos. Y á los patronos no les sería esto gravoso toda vez que los beneficios que repartirían no vendrían á ser sino la cantidad que hubiese dejado de ganar ó que hubiesen perdido con la huelga ó las huelgas que de otro modo se le hubieran planteado.

Es cosa frecuente que cuando un obrero que trabaja á destajo se lleva una buena semanada se mire el dinero que se le entrega sin parar mientes en el trabajo que ha hecho. La codicia ha inducido luego, tarde ó temprano, á rebajar el precio de la mano de obra. Yo mismo oí en cierta ocasión en que una trabajadora presentaba su libreta para que le liquidaran el trabajo hecho durante la semana, como el patrono exclamaba ¡24 pesetas! esto es demasiado salario para una mujer. Y al salir del despacho aquella operaria dió orden al encargado de que le escatimara el trabajo ó rebajara la tarifa del mismo.

De aquí ha nacido, en cierto modo, la aversión de los obreros al trabajo á destajo, prefiriendo el trabajo á jornal, siendo no pocas las huelgas que por esta causa se han producido.

Puestos todavía más en el terreno de la práctica os diré que evitar una huelga es cosa fácil y sencilla. No se necesita más que buena voluntad. Generalmente cuando una sociedad de resistencia presenta una demanda á los patronos de su respectivo oficio, éstos dan la callada por respuesta, ni siquiera se dignan contestar acusando recibo y acompañando la negativa. En

estas condiciones tened por bien seguro que la huelga es inevitable.

Mas si una vez planteada la cuestión se entra en negociaciones, se ha avanzado un cincuenta por ciento en el camino de la paz; es probable que la huelga no llegue á vías de hecho.

Ved de ello un ejemplo de buena fe y de sinceridad, un caso en que las partes demandante y demandada, los obreros y los patronos no perdieron la serenidad, escuchando y estudiando con calma unos y otros las razones que aducía la parte contraria, y procurando suavizar asperezas y allanar el camino á la solución en vez de buscar y oponer dificultades.

Los obreros grabadores de cilindros para estampados, de Barcelona, presentaron á sus patronos el mes de Septiembre de 1906, unas bases de trabajo modificando las que regían en el oficio desde principios del año 1902. Entre otras cosas reclamaban, principalmente, reducción de las horas de jornada y supresión de las veladas, con objeto, según manifestaron, de evitar los paros forzosos que muchos tenían que hacer durante el año por falta de trabajo. De esta manera, el trabajo podría repartirse más equitativamente y todos los obreros del oficio tendrían el pan asegurado durante todo el año.

Reuniéronse los patronos, examinaron las bases y convinieron todos en que la disminución de horas de jornada implicaría la ruina del oficio no sólo por la índole del trabajo, sino también por la competencia de que son objeto por

parte de sus similares en el extranjero. No podían acceder á la demanda.

El fin que perseguían los obreros era asegurar la vida durante todo el año, evitando las huelgas forzosas y, por consiguiente, largas semanas de ayuno. Esto podía quizás ser un pretexto; pero no les pasó por alto á los patronos el espíritu de justicia que encerraba, no vieron el pretexto, sino la parte razonable que contenía, y lejos de dar la callada por respuesta, acordaron contestar á la sociedad, con la cual se entendieron desde el primer día, con una carta muy atenta y cariñosa, manifestándole la imposibilidad en que se hallaban de acceder á algunas de las bases presentadas, principalmente á la que hacía referencia á la reducción de horas de jornada. Añadiase en dicha carta que no por esto daban por terminadas sus cordiales relaciones, que no equivalía esto á un rompimiento, y en prueba de ello les hicieron proposiciones de fundar una Caja de auxilios para los obreros que durante el año se viesen obligados á hacer fiesta por falta de trabajo.

Esta carta hizo mella en la sociedad de resistencia, vieron los obreros un espíritu de confraternidad en los patronos, cosa con la que nunca, tal vez, habían soñado, comprendieron la razón y desecharon, desde luego, toda idea de lucha; la huelga quedó aplazada. Plantearla hubiera sido contestar con un bofetón á un abrazo cariñoso, hubiera sido un acto innoble.

Continuaba, sin embargo, en pie el conflicto. Los obreros no podían aceptar la idea de fundar una Caja de auxilios para los que no tuviesen trabajo porque ellos ya la tenían fundada desde hacía algunos años, extremo que ignoraban los patronos. Pero los fondos de que disponían no eran suficientes para atender á todas las necesidades. No era, pues, cuestión de ir á un rompimiento, era conveniente, era necesario, para bien de todos, continuar las negociaciones. Cruzáronse algunas cartas y cuando parecía que por escrito no podían entenderse, nombróse por ambas partes una comisión con amplias facultades para llegar á un arreglo amistoso.

El resultado no pudo ser más satisfactorio. Cuando reina entre el capital y el trabajo un espíritu de equidad y de justicia, cuando ambas partes se conocen, se estudian, se compenetran, cuando no dominan el egoísmo y la intransigencia, cuando no se desvirtúa el altruismo, la razón se impone y los nobles impulsos del corazón no pueden desviarse de su instintiva corriente.

Después de algunas entrevistas quedaron redactadas las bases de arreglo, en virtud de las cuales los patronos, voluntariamente, se comprometían á entregar en clase de donativo, 300 pesetas mensuales á la sociedad de resistencia con destino único y exclusivo á la caja de auxilios para obreros del oficio parados, de la cual fueron nombrados socios protectores, y les hicieron algunas otras concesiones.

Quedaba un puntito negro á resolver. Los patronos deseaban que fuesen admitidos en la sociedad de resistencia algunos obreros que habían sido expulsados de ella por haber trabajado durante la huelga de 1901. No perteneciendo á la sociedad de resistencia no podían tener derecho á los beneficios de la caja de auxilios. Los patronos querían ante todo una verdadera armonía entre los componentes del oficio; había, pues, que olvidar y desterrar pequeños rencores, antiguos resentimientos. Era necesario comenzar una era de paz y de buena armonía. Todos lo deseaban así.

Los asociados acordaron admitir á los expulsados, pero con la condición de privarles, como castigo, de los beneficios de la caja de auxilios durante un año. No era esto, quizá, del todo justo. La comisión no llegó á ponerse de acuerdo respecto del particular. No importa. El camino andado, el tiempo gastado, la buena fe y el buen deseo no habían de ser en vano. Nombróse un árbitro. El alcalde redujo el castigo á la mitad de lo que pedía la sociedad de resistencia. Ambas partes estuvieron conformes; patronos y obreros acataron el fallo. Ya todos son amigos. Un oficio en que todos los obreros están asociados, la sociedad reconocida por los patronos y se entienden perfectamente y se evita una huelga, y los obreros están satisfechos del proceder de los patronos y éstos del de los obreros. Es que el egoísmo no ha asomado por ninguna parte, es que la intransigencia ha sido desterrada desde el pri-

mer momento, es que la amenaza no se ha visto por ningún sitio, es que la razón y la justicia han puesto de su parte todo lo posible.

Valía, pues, la pena de asegurar el triunfo una vez conseguido, y así se hizo. En las bases convenidas, refrendadas por el gobernador y por el alcalde, se estableció una en la que se determina que la duración de ellas será de cinco años, sin que puedan modificarse más que por expresa voluntad de ambas partes. Además nombróse una comisión mixta compuesta de tres patronos y tres obreros, nombrados éstos por la sociedad, cuya comisión es la encargada de resolver, de común acuerdo, las dudas ó diferencias á que la apreciación de las bases pueda dar lugar.

¡Cuán bueno fuera que antes de suscitarse una huelga, obreros y patronos apuraran todos los medios posibles para llegar á un acuerdo amistoso, siguiendo la conducta de los grabadores en cilindros para estampados de Barcelona!

El hecho que hemos consignado demuestra que es más fácil y da mejores resultados un buen acuerdo que un mal arreglo en las cuestiones entre patronos y obreros.

Yo creo, además, que no sólo es conveniente sino necesario que los patronos reconozcan personalidad jurídica á las sociedades de resistencia. Todos los patronos saben que muchas veces, apenas resuelta y solucionada una huelga, los obreros vuelven á prepararse para presentar nuevas demandas, sobre todo si la huelga ante-

rior ha sido ganada por ellos. Los obreros saben también que los patronos solo procuran, cuando hay una huelga, que ésta termine, sea en la forma que sea, y muchos de ellos hacen promesas á los obreros con la condición de que vuelvan en seguida al trabajo, y hasta en determinados casos firman las bases presentadas aun sabiendo que luego no han de cumplirlas, como así ocurre.

Con esta conducta provocan unos y otros nuevos conflictos sin que á nadie se exijan responsabilidades.

Ahora bien; ¿de qué sirven las firmas estampadas al pie de aquellas bases? ¿No vienen á ser las bases que se firman una especie de contrato? ¿Y un contrato no es una cosa sagrada? ¿No tiene fuerza coercitiva?

Si el Estado y los patronos reconocieran personalidad jurídica á las sociedades de resistencia y se legislara, además, en el sentido de reglamentar las huelgas, como en otros países se ha hecho ya, no se repetirían con tanta frecuencia esas luchas intestinas entre el capital y el trabajo, triunfarían siempre la razón y la justicia, y las sociedades obreras adquirirían personalidad propia, respondiendo de sus actos, como tendrían que responder también de los suyos las de los patronos; mientras que ahora unas y otras son insolventes, se plantea una huelga, se causan daños inmensos y no hay quien responda de ellos.

De este modo, las luchas que se entablarían

serían menos frecuentes y más cortas y, en consecuencia, sufriría menos perjuicios la producción; la razón predominaría sobre la fuerza, y la parte triunfante no sufriría menoscabo alguno en sus intereses. Mientras que ahora la fuerza sujeta la razón en la mayoría de los casos, la lucha se hace interminable en muchas ocasiones, y después de resuelto el conflicto, si bien una de las partes ha salido triunfante, ese triunfo no es más que moral, de nombre sólo, el triunfo material ninguno de los combatientes le ha obtenido, pues los efectos han sido desastrosos.

Existe entre la clase patronal una verdadera monomanía en no querer reconocer las sociedades obreras de resistencia. ¿Evitan con ello las huelgas? No. Lo mismo declaran aquéllas la huelga si son reconocidas como si no lo son. Es más; muchas veces el conflicto se prolonga por esta sola causa. Ya que no pueden evitar, pues, las huelgas no reconociendo personalidad á las sociedades obreras, vuelvan de su acuerdo los patronos, reconózcanlas, como las reconoce la ley, y podrán exigírseles responsabilidades.

Reconocida la personalidad jurídica á las sociedades de resistencia, los individuos que de ellas formaran parte, una vez impuestos de sus derechos y de sus deberes se mirarían más en la elección de los individuos para sus juntas directivas, y los que estas constituyesen tendrían buen cuidado en no desmandarse ante la responsabilidad que contraerían.

Las cajas de resistencia tendrían más capital del que hoy tienen, es cierto, pero no sería tan fácil el despilfarro y, por consiguiente, se elevaría en las masas el espíritu de economía y el sentimiento de moralidad, y los vividores y los agitadores de oficio contarían con menos elementos de los que hoy disponen para su provecho y para la propaganda revolucionaria.

Hay, además, como medios indirectos para precaver y evitar las huelgas, la creación de bibliotecas populares y otras instituciones que tiendan á ilustrar y moralizar á la clase obrera, y muy preferentemente á la mujer, las cajas de ahorro, las de retiro, las de socorro, los préstamos gratuitos, la construcción de casas para obreros, las cooperativas de consumo y de producción, los seguros, etc., acerca de las cuales nada he de decir porque fuera interminable y además, y esta es la razón principal, porque acerca de algunas de ellas oiréis explicaciones de labios de personas mucho más autorizadas que el que tiene el honor y el gusto de hablaros en este momento.

Pero sí quiero llamaros la atención, siquiera sea por breves instantes, sobre la vejez y la invalidez. Es este un problema que preocupa mucho al obrero; y se comprende. Sin bienes de fortuna y ganando un salario que apenas le basta para comer, el obrero ve ante sí el cuadro triste y desconsolador que se ofrecerá en su casa cuando por efecto de un accidente ó por los achaques de la ancianidad no pueda ya acudir

á la fábrica ó al taller y tenga, tal vez, que dar con sus huesos en un asilo ó en un hospital, mientras que aquél á quien enriqueció con su trabajo pasará los últimos días de su vida en su propia casa, al lado de su familia, recibiendo de ésta el cariño y los halagos que harán llevadera y menos aflictiva su situación.

Inglaterra y Alemania han dado ya un gran paso en este asunto, haciendo figurar en sus respectivos presupuestos algunos millones para amparar á la ancianidad mediante una pensión.

En España no hay que esperar, por ahora al menos, que el Estado haga lo mismo; pero me atrevo á exponer ante vosotros un proyecto que podría constituir, tal vez, la base para llegar á jubilar á los ancianos. El proyecto es muy sencillo. Consistiría en que cada obrero (y al decir obrero me refiero á todo el que está sujeto á un sueldo), se proveyera de una libreta á la cual el patrono debería adherir un sello, que podría ser de cinco céntimos, al pagarle el salario cada semana, y cinco sellos de este mismo valor cada mes en la libreta de los que cobran por meses. Este sello debería ser timbrado expreso para este objeto, llevar la inscripción «Retiro para obreros» ú otra semejante, y venderse en los estancos y sitios autorizados sin comisión ninguna para la venta.

De este modo creo que podría obtenerse una fuerte suma para una Caja nacional de retiros obreros, á la cual deberían ayudar obligatoria-

mente con subvenciones anuales el Estado, las Diputaciones y los Municipios, y voluntariamente podrían hacerlo cuantas sociedades y corporaciones lo tuvieran á bien. Las mismas sociedades de resistencia ayudarían, seguramente, á esa obra bienhechora. ¡Oh! ¡y cómo contribuiría también ésto á evitar las huelgas!

He hablado, señores, hasta aquí, de los medios indirectos. Falta, pues, hablar de algunos medios directos que tienen verdadera eficacia para evitar las luchas entre el capital y el trabajo. Los medios directos son aquellos que aplicados de una manera inmediata previenen ó detienen el curso de las huelgas comenzadas. Los principales son las Cámaras de Conciliación, los Consejos de Arbitraje y los Jurados Mixtos. La historia de los Jurados Mixtos es una serie de triunfos que concilian, cada día con mayor eficacia, contrapuestos intereses. En Inglaterra se ensayaron por primera vez en 1860 y desde aquella época apenas se registra ningún caso de los sometidos á su deliberación que no haya terminado por la avenencia de las dos partes. Un Jurado Mixto, en el cual se equilibren los elementos que lo formen, será siempre un medio eficaz para reducir los efectos de las huelgas y para evitar en muchas ocasiones que lleguen á comenzar.

Se ha llevado en Inglaterra la cuestión á tal terreno, que de cada 100 huelgas 65 se resuelven por los Consejos de Conciliación y 12 por arbitraje, perdiéndose aquellas en las cuales los

obreros no quieren sujetarse á las reglas conciliadoras de los demás.

En Alemania se inició en 1890 la creación de Sindicatos y Juntas Mixtas que dan excelentes resultados, pues son pocas las huelgas que llegan á causar perjuicios á patronos ni obreros.

En España mismo tenemos el ejemplo. Hace algunos años estãbleciéronse en Cataluña, en la cuenca del Ter, comarca de Manlleu, los Jurados Mixtos y desde entonces han disminuído allí notablemente las huelgas.

Pero mejor que todos estos medios, mejor y más sencillo que todo ese engranaje de juntas y consejos, mejor que toda esa serie interminable de sociedades é instituciones, hay otra cosa para evitar las luchas fratricidas entre el capital y el trabajo; hay otra cosa mejor para suavizar las asperezas entre el patrono y el obrero; la Religión Católica, la Doctrina de Cristo. «Ama á tu prójimo como á tí mismo». ¿Queréis en menos palabras una expresión más grande del cariño, del amor que el patrono debe tener para con su prójimo el obrero, del cariño y del amor que el obrero debe tener para con su prójimo el patrono? Economistas, hombres de Estado, vosotros, los que legisláis, decid si sois capaces de dictar un precepto que mejor y más directamente se encamine á la pacificación de los pueblos; venid, vosotros, los que predicáis la fraternidad universal, sembrando el odio y el rencor en el ánimo de los que os escuchan y exaltando sus pasiones y sus instintos de fiera;

si realmente queréis la paz y la fraternidad repetid una y mil veces á esas turbas que os escuchan: «Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos».

Venid, vosotros, patronos, y escuchad: «Mirad que el jornal que defraudasteis á los trabajadores clama: y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los ejércitos».

Y vosotros, obreros, los que buscáis lenitivo á vuestros pesares, venid también y oíd lo que os dice Jesús: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* «Venid á mí todos los que trabajáis y estáis oprimidos, que yo os aliviaré» Venid, venid á mí los pobres que lucháis con vuestra desgracia, los débiles á quienes oprime la injusticia, los que ganáis el pan con el sudor de vuestro rostro, que yo os consolaré en vuestras aflicciones y os ayudaré en vuestras faenas.

Esto os dice Jesús, el que tanto ama á los pobres, el único que ha venido á redimiros.

¡Ah! si todos los hombres cumplieran los Mandamientos de la Ley de Dios no tendríamos necesidad de ocuparnos en arreglar las diferencias que existen entre ellos. ¡Qué más quisiéramos todos! Pero mientras aquéllos no se cumplen, mientras los hombres viven apartados de la Iglesia hay que atraerlos por los medios que se juzguen más convenientes en las presentes circunstancias.

Señores: Mi tarea está terminada. La clase obrera sufre, y alimenta en su interior un cáncer

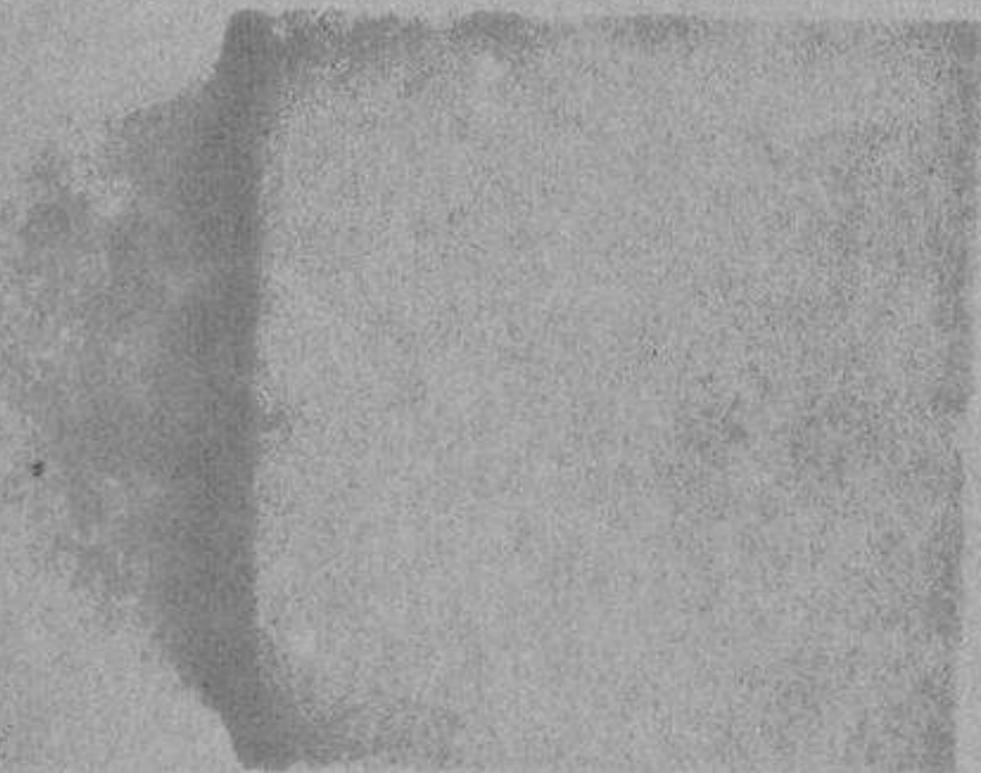
que la consume y la aniquila; úlceras roedoras van destruyendo las carnes de ese cuerpo, del que va á quedar sólo el esqueleto en toda su lívida desnudez, si la ciencia, el poder, la justicia y la caridad no tratan de oponer el hierro que detenga los progresos de la gangrena que tanto asusta á los economistas y á los gobiernos.

La raíz de ese malestar, el fundamento de todos los conflictos, la insolubilidad de todos los problemas que se agitan en el terreno social y político está en haberse alejado de Cristo las sociedades é individuos. Él es la solución de todas las dificultades y á Él hemos de ir á buscar el remedio; mas, por desgracia, muchos de los que sufren las consecuencias de ese alejamiento, no piensan en ello; no se ponen debajo de la acción de la Iglesia, huyen de la palabra sacerdotal, prescinden de prácticas religiosas, y en esas circunstancias ¿los hemos de abandonar? No, que son hermanos nuestros; vayamos á buscarlos en su desgracia y utilicemos aquellos medios que nos permitan el acceso.—No desconozco que Jesucristo nos ha dicho: *quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus* — á ello tendemos todos, á ello hemos de encaminar á altos y bajos, á ricos y pobres, á patronos y obreros; pero dadas las presentes circunstancias y tratando en particular de la clase obrera, para conseguir ese fin último, hemos de dar un pequeño rodeo; hemos de remediar sus necesidades materiales, hemos de defender sus derechos, hemos de hacer justicia; y esto realizado, esa humilde clase, que

en general tiene un corazón noble, comprenderá los deberes que tiene para con Dios, con sus prójimos y consigo mismo, y se unirá con Cristo, convencida de que sólo Cristo es el verdadero Redentor de toda la humanidad.

HE DICHO.

6



Depositario de la edición

• *D. Angel Aguilar, Librero*
Caballeros, 1, Valencia

C-

16

